

Juan Goytisolo

El signo de los acidos

Ediciones
del Financiero



Annotation

Imágenes de invierno de la ciudad sitiada: pegada a un murete, la frágil silueta de una mujer atraviesa de rodillas el campo de mira de los francotiradores. Visión diferida de una muerte por la aniquilación súbita del contemplador: su habitación ha sido alcanzada por un mortero. El comandante de la Fuerza Internacional de Interposición, prevenido, acude al lugar de los hechos para descubrir la desaparición del cadáver. Sólo un cuadernillo de poemas y varios relatos hallados en una maleta pueden ponerle en buena pista. Pero su lectura le extravía en un «jardín de textos que se bifurcan». Enigma doble: del cuerpo escamoteado y de los escritos anónimos y de autoría distinta. El espacio de la novela es el espacio de la duda: la ruptura efímera pero incesante del cerco de ocultaciones y mentiras de la historia oficial. Toda certeza desemboca al cabo en incertidumbre. Tal vez la diseminación de documentos apócrifos, glosas, informes, relatos, cartas, poemas, sea el único medio de las víctimas de escapar a la trampa mortal ha la que la indiferencia internacional les condena. Es sitio de los sitios es así una metáfora de todos los asedios: partiendo de la realidad de unas situaciones y escenas de violencia y desolación obsesivas, conduce gradualmente al lector a través de unas historias que se tejen y se destejen a ese punto de verdad único de la más extrema y quintaesenciada ficción.

EL SITIO DE LOS SITIOS

JUAN GOYTISOLO



© 1995, Juan Goytisolo

© De esta edición:

1995, Santillana, S. A.

Juan Bravo, 38. 28006 Madrid

Teléfono (91) 322 47 00

Telefax (91)322 47 71

Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara S. A.

Beazley 3860. 1437 Buenos Aires

Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara S. A. de C. V.

Avda. Universidad, 767, Col. del Valle,

México, D.F. C. P. 03100

ISBN: 84-204-8202-1

Depósito legal: M. 32.489-1995

Diseño:

Proyecto de Enric Satué

© Cubierta:

Jesús Sanz

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

A los habitantes de Sarajevo que, pillados
en el cepo, luchan contra la cobardía
e indiferencia del mundo.

A sus intelectuales y escritores, honor
y conciencia de Europa.

A Susan Sontag, que me condujo a la ciudad.

*Hablan en el poeta voces varias:
Escuchemos su coro concertado,
Adonde la creída dominante
Es tan sólo una voz entre las otras.*

LUIS CERNUDA

I. HIPÓTESIS EN TORNO A «J. G.»

VISIÓN DE INVIERNO

Por el orificio abierto en el plástico de la ventana —obra de un fragmento perdido de metralla o de la curiosidad y claustrofobia de un huésped— el viajero fisgoneaba desde el amanecer la desolación del paraje. Había dormido de un tirón —con su zamarra gruesa, pantalón militar, botas interiormente forradas— mientras la vela se consumía, olvidada, en la mesilla de noche: su termómetro marcaba siete grados. Ningún silbido de bala, tableteo de ametralladora ni estruendo de obús: sólo un silencio perturbado a intervalos por el zumbido veloz de un vehículo o de una tanqueta blanca.

Había llegado la víspera al atardecer a aquel inmenso panteón fúnebre con nombre de hotel. Tras rellenar la ficha bajo la mirada vidriosa y oblicua de la recepcionista, se detuvo a examinar la cripta —apenas visible ya por la insidiosa propagación de las sombras—, cuyo trazo le trajo a la memoria el del proyectado rascacielos-catedral gaudiano. Su espacio central vacío y helado, sus pisos como galerías carcelarias, el bar y butacones desiertos parecían plataformas y telares de un decorado decrepito. El parpadeo de las velas y haces de las lámparas de bolsillo evocaban el vagabundeo o erranza de ánimas en pena. Luciérnagas o fuegos fatuos? Pesadillas o escenificación dantesca? La oscuridad se había abalanzado con avidez vultúrida a los últimos reductos de la penumbra. Subió la escalera hasta el cuarto piso, buscó el número de la habitación casi a tientas y entró en el tenebrario de su sepultura. La cena se servía una hora después en el comedor exiliado en el entresuelo, pero el cansancio acumulado en el viaje fue más fuerte. Se dejó caer en la cama, con su encendedor, termómetro y vela, sin tomarse la molestia de abrir su equipaje.

Le despertó la luz: lividez enferma que confería un aire de incongruencia y absurdo a los muebles del dormitorio. Lámparas inútiles, tresillo de comodidad trasnochada, un bodegón mohíno colgado del muro y vencido hacia un lado de

puro desánimo. La cera se había consumido y formaba una especie de cráter en el cenicero. Su ademán de abrir el bolso en busca del cepillo de dientes concluyó en garabato. Un letrero lo advertía en recepción: no había agua corriente.

El parche translúcido de la ventana le cortaba del mundo exterior. Se arrimó a él y descubrió el agujero. Con el ojo aplicado a él, podía abarcar el espacio que se extendía desde la Avenida de los Francotiradores hasta los edificios acribillados y maltrechos de la antigua arteria comercial. La luz, aunque esfuminada por la niebla, desvelaba poco a poco la faz torturada de la ciudad.

Permaneció allí, todo ojo —su cuerpo, existía aún?—, atento al campo de visión concedido por la mirilla, con la avidez del condenado a muerte que apura a tragos la vida. Suavizado por el rigor del invierno, el paisaje se imponía a su mente con la violencia abrupta de un sueño: atormentado, neblinoso, irreal, sus muñones y heridas cubiertos de una vasta, piadosa mortaja. Desamparo, soledad, desnudez de un sobrecogedor panorama de ruinas, esqueleto de inmuebles, vehículos desguazados, calcinados tranvías, quioscos callejeros fundidos, oquedades, chatarra, residuos patéticos de arrasadora ignición. La nieve — millones y millones de copos de nieve— hendía el aire racheado, danzante, como para disimular con su inocencia la magnitud del crimen: alfombra de misericordia hacia las víctimas o encubrimiento cómplice del agresor? Todo el largo trayecto de la avenida arropado con nieve: circulación inexistente, alguna silueta fantasmal y huidiza, los blindados —blancos también— de la Fuerza Internacional de Interposición.

Asistía —participaba a su vez?— a la extinción paulatina, a la lenta consunción de objetos, cuerpos y almas? Su propia ingravidez se cifraba ya en la mirada: blancura y devastación. A cubierto de los tristes y ojerosos edificios de la época austríaca, se movían figurillas ateridas, un transeúnte empujaba exhausto una carretilla, un viejo parecía apuntar con dedo acusador a los asediadores de las colinas, inmóvil como la estatua del Comendador.

Fue entonces cuando la divisó: se había asomado al chaflán, a pocos metros del quiosco incendiado, los tranvías heridos de muerte, el lugar en el que en verano había visto caer a un joven, segado de golpe por la bala certera de un francotirador. Era una silueta de mujer, vestida con un abrigo oscuro y la cabeza cubierta con un pañuelo. Imposible, a distancia, determinar su edad: su morosidad podía obedecer a la vejez, la cautela, al simple cansancio. Llevaba un pequeño bolso de hule en la mano: su magra provisión del día. Se había detenido a respirar antes de cruzar la calzada y exponerse a la puntería de los emboscados en los bloques de casas al otro lado del río. Hizo un desvalido ademán de parar a una tanqueta, pero ésta continuó su ronda inútil por la avenida: frenazo no; acelerada brusca, sin un dejo de conmiseración.

La mujer buscó amparo en las paredes de un local en ruina. El camino que iba a emprender atravesaba justamente el campo de la mirilla: una larga acera tapizada de nieve, cuya desolación se extendía hacia el cascarón hueco pero bienhechor de un desangelado edificio estatal.

(Meses atrás, había consultado su anacrónica guía turística para averiguar la primitiva función de aquella calcinada estructura: Parlamento de la República o Museo de la Revolución?)

Su vista se aferraba con ansiedad insostenible a la silueta minúscula, vulnerable y frágil que daba la impresión de dudar o de reunir fuerzas antes de emprender un trayecto lleno de peligro. Como había podido comprobar en sus visitas al depósito de cadáveres, los francotiradores se mostraban sedientos de una especie particular de sangre: la de mujeres y niños. Un simple muro de un metro escaso de altura bordeaba la acera, del lado enemigo, separándola de los restos de un jardín o parque, de arboleda minuciosamente talada: suficiente para un chiquillo encogido, pero ella? Retenía el aliento, con la cara pegada al parche de la ventana, cuando la figurilla remota hizo algo que le desconcertó: se dejó caer de hinojos. Después de unos segundos interminables, corroídos de atropelladas preguntas, la vio moverse, avanzar junto al murete arrodillada, como un penitente del Viernes Santo en el

acto de cumplir una promesa al crucificado o un voto solemne de expiación.

Sentía los latidos pendulares de su corazón: un hilo finísimo le unía a la silueta que, asida al bolso, adelantaba en la nieve su tronco privado de extremidades inferiores, en simbiosis con ella, como si ambos formaran un solo cuerpo. La habían avistado ya los cazadores de enfrente y acechaban un descuido, el instante en que se enderezara de cansancio y asomara la cabeza, para centrarla en su punto de mira y apretar el gatillo del arma? Sudaba, a pesar del frío intenso sudaba. Cada centímetro ganado por la arrodillada le mantenía en vilo. Cómo auxiliarla desde su celda, cíclope inerme, viudo de un ojo, consumido de angustia? Qué clase de tesoro protegía amorosamente en el bolso? Leña, comida, regalos para sus cuatro hijos? Caía la nieve en ráfagas oblicuas, chocaba contra el plástico, le humedecía el párpado. Una cifra revoloteaba en su mente como un copo voluble, insensato. Cuatro, había escrito cuatro? Qué vínculo secreto había establecido con aquella silueta huérfana en la desolación invernal? Salvas de obuses, bazucazos, disparos, saludaron de pronto, como una siniestra diana, a las víctimas del asedio. La figurilla se detuvo y pareció encogerse todavía mientras un automóvil temerario enfilaba la avenida a toda mecha hacia la difunta arteria comercial. El estruendo duró unos minutos: la agazapada y él permanecieron quietos, palpitantes, suspensos, milagrosamente abolida la distancia que los separaba. Indefensión, precariedad —de ella, de él, del ámbito—, se prolongaron más allá del ejercicio matinal de azaroso exterminio. La ciudad callaba, sus inmuebles lisiados, de órbitas oculares vacías, callaban. Cuántos seres humanos, ocultos como él, aguardaban el roce de las alas de Israfel en los edificios vecinos?

La mujer continuó su Vía Crucis. Sostenida tal vez por el hecho de no sentirse sola, de haber adivinado la inmediatez de un ojo en la mole maciza de ventanas ciegas, veladas con lienzos de plástico: aquel islote o búnquer en el que cada habitación era un nicho, cada piso una simétrica superposición de lápidas. Había cubierto con tenacidad la mitad del trecho, como si las súplicas que interiormente dirigía a dios, al

destino, reconfortaran sus oídos con todo el calor de la emoción, del dolor rebalsado durante tantos años. Alcanzaría a llegar indemne hasta el fin?, iba a ser aniquilada por un obús o acribillada por una bomba de fragmentación?, eludiría esta vez la saña de los emboscados? Centímetro a centímetro —cómo medir la zozobra?— reducía la distancia al refugio salvador en el paisaje nevado: esquizofrenia, blancura de muerte, ingravidez onírica, revoloteo de copos, leve rumor de alas.

Bruscamente, todo saltó en mil pedazos.

INFORME DEL COMANDANTE¹

(I)

A las 16.40 de hoy, hora local, el comisionado de asuntos civiles de la Fuerza Internacional de Interposición comunicó telefónicamente a su superior que un ciudadano español había sido alcanzado por un disparo de mortero en su habitación del hotel H. I., sito en la Voivode Putnika, más conocida en los tiempos que corren por Avenida de los Francotiradores. Tras ponerme en contacto con el departamento de asuntos exteriores del Ministerio del Interior de la Presidencia — informado ya del hecho por la dirección de aquel establecimiento, en donde se alojan de ordinario los corresponsales de prensa y televisión, diplomáticos de paso y miembros de diversas organizaciones no gubernamentales—, me trasladé al lugar de autos con objeto de proceder a las averiguaciones oportunas y cumplir con los trámites necesarios. La ciudad sufre aún en el momento de redactar estas páginas uno de los bombardeos más intensos del asedio: la estación de radio de la Presidencia ordenó excepcionalmente la interrupción de todo movimiento de personas y vehículos a fin de no añadir nuevas víctimas a las dieciocho contabilizadas en el curso de la jornada en el depósito de cadáveres del hospital central. Los vuelos humanitarios han sido suspendidos y una espesa capa de nieve cubre las calles y avenidas desiertas de la ciudad.

El estruendo de los obuses y tableteo de ametralladoras no cesó durante el trayecto. Al frenar para estacionarnos junto a la única puertecilla de acceso al hotel —pese a que la niebla se había levantado y la tanqueta ostenta de forma muy clara la bandera y las siglas de la Fuerza Internacional de Interposición—, el vehículo recibió el impacto de una bala disparada presumiblemente por los francotiradores apostados al otro lado del río. A cobijo de ellos, tras las paredes de uno de los restaurantes cerrados desde el comienzo del asedio, me personé con dos suboficiales a mi mando en el interior del

edificio, al fondo de cuyo vestíbulo inmenso y vacío se abrigo la recepción. La luz comenzaba a escasear y tuvimos que utilizar nuestras lámparas de bolsillo aguardando la puesta en marcha del grupo electrógeno. Según me notificó el administrador interino, el hotel recibió entre las 8.30 y 9 horas de la mañana tres impactos de mortero: uno en la fachada principal, desocupada desde hace meses; otro en la antigua sala de juego, clausurada igualmente; un tercero en el cuarto piso, en su cara lateral derecha, en la habitación en la que se hospedaba nuestro compatriota.

Subí con mis suboficiales y dos empleados a dicho piso y localicé enseguida, por el boquete abierto en la pared y los escombros, el cuarto en donde había estallado el proyectil. Los tabiques estaban agrietados; muebles, cuadros y lámparas aparecían destrozados y caídos; el suelo se hallaba sembrado de cascotes. El cadáver, supuestamente envuelto con el cubrecama, yacía al pie del tresillo. Escribo «supuestamente» porque al tirar de la colcha para reconocerlo verifiqué con sorpresa que el cuerpo había desaparecido. Los dependientes parecían tan confusos como yo. Ellos mismos lo habían recubierto después de la visita del forense y el acta de defunción en espera de la llegada de la ambulancia, aplazada hasta el momento por la mencionada prohibición de circular por la ciudad. El asombro y consternación del personal a quien tomé declaración con ayuda del administrador interino — declaración que, junto al acta del forense y otras pruebas referentes al lance habrá que confiar a los traductores jurados de nuestra embajada en Z.— eran a todas luces sinceros: un acta de defunción sin cadáver no es moneda corriente incluso en este país dejado de la mano de Dios. Mientras ellos intentaban esclarecer el misterio con el centinela de facción en la puerta, el conserje y el resto de la escuálida plantilla de servicios, hice el inventario de los bienes y objetos pertenecientes al difunto o desaparecido.

Una vela semiconsumida y otra de repuesto.

Una lamparilla eléctrica.

Un neceser de aseo.

Unas botas forradas interiormente de piel.

Un chaleco antibalas de corte militar.

Un cuadernillo de tapas verdes con media docena de poemas.

Una maleta mediana de color beis.

El contenido de ésta se halla consignado en una hoja aparte. Comprende dos mudas de ropa, calcetines, camisetas y calzones de lana, un pasamontañas, así como unos manuscritos pasados a máquina redactados en nuestra lengua, igual que el poemario. Dichas pertenencias están a buen recaudo en mi oficina del alto mando de la Fuerza Internacional de Interposición.

Las pesquisas del personal en torno a la desaparición del cuerpo no dieron fruto. Nadie entiende cómo pudo ser escamoteado sin atraer la atención del puesto de vigilancia establecido de modo permanente en la puerta de servicio. La consulta telefónica con el depósito de cadáveres del hospital de K. adensa todavía más el enigma. Ningún extranjero figura en la lista de víctimas del día.

Pero lo que llevó nuestra perplejidad a su colmo fue mi indagación posterior en recepción: su pasaporte se había esfumado también! La empleada, demudada por el susto, juraba y rejuraba que lo había puesto en la casilla del número 435, esto es, el de la habitación destruida por el mortero. Aunque escudriñó los cajones del mostrador y el interior del armario en el que conservan las fichas, la diligencia fue inútil. La eventualidad de un robo, bien que negada tajantemente por ella y el cajero, no debe descartarse. El tráfico de pasaportes substraídos y amañados es al parecer floreciente en esta ciudad sitiada desde hace veinte meses y de la que la mayoría de los habitantes quiere escapar. De acuerdo con informes confidenciales llegados a nuestro cuartel general, el precio de un pasaporte falseado alcanza cifras astronómicas si se tiene en cuenta la falta de dinero y penuria general reinantes en este cepo humano en el que las viejas familias acomodadas se calientan con la leña de sus muebles de época y venden sus joyas para procurarse alimento en el mercado negro. Desdichadamente, la ayuda humanitaria que suministramos no cubre el mínimo de calorías de la dieta diaria y un litro de

aceite, por poner un ejemplo, se vende en la calle a cuarenta marcos.

Apremiado por la urgencia del caso, redacto este informe para dejarlo en manos del teniente coronel francés L. M., que viaja mañana por tierra a Z. con el aval de los beligerantes. El uso del fax y demás medios de comunicación usuales me parece desaconsejable en un asunto de esta índole. Debemos evitar a toda costa especulaciones y comentarios de prensa que redunden en mengua del crédito y prestigio de nuestro mando multinacional. Mañana proseguiré mis diligencias con un funcionario del Ministerio del Interior de la Presidencia, al corriente ya de lo sucedido. Por mi parte, voy a proceder a la lectura y clasificación de los textos mecanografiados y poemas confiando en que arrojen alguna luz sobre la identidad del difunto o desaparecido y las razones de su viaje a esta República con riesgo evidente de su vida. Después de la breve tregua de fin de año y la visita efímera de personalidades del mundo político, artístico e intelectual favorables al Gobierno de ésta, los periodistas y corresponsales residentes en el hotel no llegan a media docena. En los pasados cuatro días, cuando funcionaba el puente aéreo, sólo tres viajeros con carné de prensa se inscribieron en los vuelos; pero ninguno de ellos era español ni respondía a las características del sujeto de marras, un individuo, según el personal del hotel, de una sesentena de años, vestido con una zamarra verde.

Aprovecho la oportunidad para notificarles que el sobre lacrado del Ministerio de Asuntos Exteriores transmitido vía Z. fue entregado en mano al representante de la castigada comunidad sefardí, señor D. K., en su despacho de la «Benevolenciya».

PRIMER SUEÑO

Himen, velo, cendal?

En cualquier caso, de urdimbre ligera, fácil de atravesar.

Al pasar al otro lado te encuentras de golpe al pie de una escalera conocida: la que bajabas en tus visitas regulares al alhama, en tus años de lozanía y enjundia, de juventud para siempre esfumada.

Todo sigue igual: los asientos laterales de gastado hule rojo, farolas Segundo Imperio, frescos murales de temas orientales, luz cenital filtrada por la linterna.

Desde su trono del minibar, la Doña —piel mortecina, exangüe; radiante peluca de amazona— contempla el salón vacío, abandonado por su cohorte de mozállones y senadoras en toga.

Alguien toca el piano en los apartamentos superiores, una pieza melancólica, impregnada de nostalgia, cuya escucha te conmueve. Es una sonata de Brahms?

No imaginaba verla aquí, le dices. Su local fue clausurado por causa de defunción!

Algunas dientas enfermas propalaron ese maligno rumor, dice ella. En realidad, no me he movido de sitio.

No murió usted durante la epidemia?

Esos lances no nos afectan ya ni a usted ni a mí. Para qué remover las cenizas?

Trato de recordar la última vez que pisé sus dominios.

El tiempo no corre para nosotros. Ni calendarios ni relojes! Una se habitúa poco a poco a prescindir de ellos!

No ha cambiado usted, parece como si la hubiera dejado ayer!

Ayer, hoy, mañana! Olvídense para siempre de esas palabras! Tampoco usted ha envejecido.

No intente adularme. Los años no pasan en vano.

Mírese en el espejo! Se verá usted tal cual era cuando se presentaba acompañado de su feroz guardaespaldas. Aquel hombrón agreste, macizo, cuyo mostacho como manillar o enroscado látigo nos impregnaba de terror sagrado y corrosiva envidia! Bajaba la escalera tras usted y su visión nos electrizaba. Todas mis dientas se morían de celos, glosaban su robustez y aire fiero, debatían enardecidas la longura del arma. Aguardaban a que se desvistieran y subiesen a las ergástulas para aplicar el ojo a la cerradura y deleitarse en el fisgoneo. O les cedían maliciosamente la celda en la que podían contemplarles conmigo a sus anchas, gracias a la indiscreción de un espejo que permite trasver de incógnito los secretos. A veces, en mis soledades, vagabundeo en busca de un toque de luz y me recreo en asistir a su trabado cuerpo a cuerpo. Si le apetece verse, permíname la crudeza, con las manos en la masa, no tiene más que subir conmigo.

Verme?

Sí, verse! Sígame a través de las duchas y la piscina, la escalera de caracol, los desvaídos pasillos. No vislumbra a las togadas mientras se escurren en las sombras, como criaturas lucífugas? Aguze la vista: las entreverá amparadas en la negrura, evocando momentos de plenitud y dicha, atributos y prendas de desvanecidos galanes! Cada celdilla que usted pisó conserva la huella de su visita! Vamos, agáchese y curioseé por el ojo de ésta! No reconoce al jayán con la bata abierta, mostrando la ruda herramienta, invitándole a pulirla y moldearla?

Hace siglos que volvió a su país y no he sabido jamás de él!

Pues ahí lo tiene usted con su altivo as de bastos, escupiendo en su punta para lubricarlo!

Ni siquiera recuerdo cómo se llama!

Todo queda registrado en mis libros. Fecha, hora, habitación, nombres, apellidos, sin contar el vídeo que en el juicio servirá

de prueba! No se demore usted: otras visiones de gloria le esperan! Se acuerda de su colega en ésta?

Lo daba por muerto!

Mírelo vivito y coleando! Con la maza pesada y erecta que mis dientes y yo calibrábamos en nuestros conciliábulos!

Cómo es posible que me vea a la vez en dos habitaciones distintas?

Está usted en todas las ergástulas! En la que ha visto, la que ve y las que verá. Fíjese en este otro! No fue también en una época su ocasional guardaespaldas?

Nunca vine aquí con él! Nos encontrábamos en el sótano de un cine!

Suelte usted de una vez los cargantes conceptos de tiempo y de espacio! La vista no le engaña! No es ésta acaso su bayoneta? No hará creer a una experta como yo que la ha olvidado!

No fue en el alhama! La escena se sitúa en los lavabos de Barbés!

Las visiones son móviles. Lo que ocurrió allí se ve acá. No se ha interesado usted justamente por el mundus imaginalis?

Déjeme verle aún, lo había borrado de mi mente por completo!

Le he traído aquí a refrescarle la memoria, no para su personal regodeo! Cada puerta oculta una imagen distinta. El escabroso currículo de su doctorado!

(La Doña sacude con gesto de impaciencia las hebras de su peluca. Su palidez es extrema: la sangre parece haber ascendido por capilaridad a su tintura bermeja.

Las notas del piano —Brahms, es Brahms!— suenan cada vez más cercanas.)

Quién interpreta la sonata en sus habitaciones privadas?

Olvídese de la música y rememore el pasado! Ha de tener usted las ideas claras sobre su expediente si quiere afrontar con éxito a los examinadores!

(Su voz ha abandonado el barniz de cortesía y se eleva en los aposentos vacíos aguda e histérica.)

Agáchese aún y examine la escena, el ser humildemente postrado, absorto en sus ejercicios de devoción!

Yo?

Sí, usted!

Y él?

Torso vasto y combado, recia trabazón muscular de imbricada dureza, cráneo macizo, rostro curtido y áspero, mancuernado bigote de guías enhiestas!

Mezcla usted personajes y épocas!

(Ella apunta a la cerradura de otra ergástula y no tienes más remedio que obedecer.

La crudeza del cuadro te anonada.)

Ella (tuteándote): esgrime su rigidez pulsante!, castiga tu beatitud con ella!, a morro la cede con condescendencia!, la encaja pugnaz en tus abiertas fauces!

Eh, está leyendo usted mis versos!

Todo aquí es escritura! Qué importa que sean o no tus versos si deberás dar cuenta de ellos en cuanto llegues al istmo!

(La niebla de la ciudad sitiada difumina la visión de las cosas. El piano, las notas del piano retumban en tu cabeza. Dónele te hallas en realidad? Con el ojo pegado al agujero de la ventana en la Avenida de los Francotiradores o al de la cerradura de la ergástula en el reino de la sutileza?)

PROLEGÓMENOS A UN ASEDIO

Los síntomas se acumulaban desde hacía algún tiempo. Los comprobaba a diario a lo largo de sus paseos por el barrio, como preludio sarcástico a ese nuevo orden mundial proclamado por los gurús del poder y la banca: derrumbe social y moral; despidos en masa; sordas explosiones de cólera; ramalazos de locura; proliferación de identidades exclusivas, sectas y bandas; anuncios agoreros de un inminente Apocalipsis. La mano invisible que los trazaba con tiza o aerosol multiplicaba sus advertencias cifradas. Sólo los exégetas o paseantes avezados a una lectura interdisciplinaria de los códigos del lenguaje mural alcanzaban a desentrañar el significado de algunos jeroglíficos y garabatos, las frases en urdú, turco, bengalí, curdo, árabe o tamazigh que cubrían las paredes de los vetustos inmuebles burgueses o las viviendas desahuciadas, condenadas a corto plazo a la piqueta de demolición. A diferencia de los carteles que glorificaban antaño en idioma uralo-altaico la lucha revolucionaria de las masas peruanas o de las remotas y ya borrosas loas al hermético paraíso de Albania, las nuevas pintadas no parecían emanar de ningún grupo organizado ni transmitir consignas. Eran mensajes individuales, cínicos o desesperados, contra los miríficos beneficios de la Tienda Global —esa «Sinfonía del Nuevo Mundo» sabiamente orquestada— que configuran la panacea universal del pensamiento único: «Para proteger la industria nacional hay que echar a la calle a la clase obrera nacional!» «Libertad de despido con patada en el culo!» «Aquí trincan los yonquis!» «Caballo gratuito para todos!» «Pida su jeringuilla por miniteli» «Consulte nuestro anuario regalo de Navidad: las mil y una maneras de propagar el sida!».

El señor mayor que, dos veranos antes, permanecía el día entero sentado en un banco frente al café en el que, con conmovedora fe en el futuro, los parados y pobres del barrio apuestan sus cuartos en las carreras del hipódromo de Longchamp retransmitidas en directo, había perdido poco a poco su aspecto atildado y pulcro. Ocupaba aún el mismo

banco, atento en apariencia a la marejada de voces y rugidos humanos con que los clientes apiñados frente al televisor jaleaban metafísicamente —sin corrientes eléctricas ni ondas hertzianas— el brío de sus caballos favoritos, pero con pantalón y chaqueta raídos y barba grisácea sin afeitar. Jubilado cuya pensión no cundía para el alquiler y comida? o al que, en un audaz y valiente recorte presupuestario, el ministro del ramo había privado de sus onerosas prestaciones sociales, felicitado por los medios informativos? Imposible saberlo: nuestro héroe se limitaba a espiarle, acortando el paso conforme le divisaba en el banco o sentado ya en el suelo, a la entrada de un comercio clausurado por quiebra o defunción del dueño y en cuyo escaparate cochambroso rezaba el lamento: «Liquidación total de existencias por cierre definitivo». Había empezado a bajar, como muchos otros, la pendiente irreversible del deterioro: miraba fijamente el vacío a lo largo de las jornadas sin consultar siquiera como antes las páginas del Tiercé u horóscopo del día, revolvía el interior de las papeleras y contenedores de basura en busca de miserables despojos. Carecía ya de domicilio fijo y se apandillaba —con su cartón de embalaje, cuidado, eso sí, como el maletín de un ejecutivo brillante— con media docena de mendigos asiduos de las puertas cocheras y respiraderos del metro. Un día descubrió que compartía con ellos el vino peleón: uniformado ya de hematomas y harapos, detrito irreciclable en el circuito de la productividad a quien habría que desinfectar y duchar antes de soltarlo con el estómago lleno y un bocadillo de repuesto a la libertad de oportunidades de la calle, asequible a todos, sí señor, a condición de ser, claro está, emprendedor y dinámico, dotado de espíritu competitivo y de natural aptitud para la arrebatina, virtudes que a todas luces no poseía y por cuya falta se autocondenaba al parasitismo y marginación. Le vio más tarde, en un desplome ya vertical, durmiendo la mona panza arriba junto a los barracones de obras públicas contiguos a la oficina de Correos del bulevar. Las hojas empezaban a amarillear y se preguntó con curiosidad y una soterrada aprensión si el que un día fuera el señor mayor sobreviviría a la embestida y rigor del invierno.

Siguió acera abajo hacia la Porte Saint Denis: la sala de filmes X acababa también de cerrar! La crisis general se

extendía incluso a la pornografía! Desamparado, contempló al habitual grupo de africanos que arrojaban los dados en la boca del metro: el jayán con cabello esculpido a lo Grace Jones dominaba como siempre el juego con su esplendidez robusta. Procuró no demorar la vista en él y la dirigió a los paquistaníes congregados alrededor de su paisano del carrito de sándwiches: túnicas blancas, barbas integristas, enroscados turbantes! Los indígenas les miraban de reojo con prudente inquietud. Eran miembros de la internacional terrorista denunciada en los medios informativos? Se disponían a chantajear y cometer atentados? En el chaflán opuesto, la estatua de San Antonio con su cerdito y báculo parecía perdida en el entorno extraño y hostil. A sus pies, un negro había sufrido un desmayo y boqueaba inconsciente en el suelo, con el tronco apoyado oblicuamente en la pared del edificio. Dudó un momento entre continuar y prestarle auxilio, y una muchacha se le adelantó. Rubia, seca, angulosa, vestida con una blusa y téjanos, se inclinó hasta el caído con diligente solicitud. El rasgo de solidaridad y compasión, en contraste con la insensibilidad del gentío, le reconfortó. Bajo el efecto lenitivo de su primera impresión, contempló sin comprender todavía el veloz movimiento de la supuesta benefactora de cachearle los bolsillos, primero de la camisa, luego del chaquetón de cuero: piezas de moneda, billetes arrugados, un bolígrafo, de los que se apropiaba en un pestañeo antes de repetir la incursión en los vaqueros, arrancarle de un tirón la medalla o amuleto del cuello, rematar la eficaz labor de limpieza con un airoso e inesperado colofón. El gorro americano de visera con el que el caído se protegía del sol cambió en un segundo de dueño. La muchacha lo encasquetó en su cabeza y desapareció entre la muchedumbre sin una mirada al cuerpo del drogadicto al que con tanta maestría acababa de despojar.

La escena le dejó sin aliento: la indiferencia insectil de los transeúntes conectados individualmente a través del ubicuo universo de imágenes a los propagandistas del pensamiento correcto, desmentía la realidad del abigarramiento, mescolanza y heterogeneidad? O era ésta el contrapeso y compensación de aquélla? Su excitación de años atrás, cuando recorría el barrio con curiosidad insaciable, a la caza de sensaciones y aventuras, había cedido paso a una premonición más pesimista

y cruda: el gueto, la guerra interétnica de los guetos, reemplazaría con su brutalidad y tribalismo a la concepción ideal de la cives como crisol de culturas. Cruzaba la acera frente a la peluquería afro por el lugar en donde había sido agraciado una tarde con una extraordinaria visión: una docena de monjitas africanas, en marcha ufana a los locales de la Misión Católica, habían interrumpido la caminata para entrar en ella y salir instantes después con un atuendo enteramente distinto. Lucían sus piernas esbeltas, como relámpagos de pulposidad fulgurante, por obra de atrevidas minifaldas y con sus cabellos sabiamente esponjados reproducían la turbadora alianza de suavidad y fiereza de la modelo favorita de *Vogue*. Alucinación o milagro que le había obligado a cerrar y abrir los ojos hasta convencerse de su portentosa y desestabilizadora verdad.

Pero las teofanías e iluminaciones habían cesado, como si la decretada uniformidad de apetitos y deseos excluyera cualquier disonancia como intrusión perturbadora en el dominio difuso del pensamiento. Las diferentes etnias del barrio se replegaban sobre sí mismas y parecían aguerirse, aglutinar sus fuerzas en previsión de posibles enfrentamientos y colisiones mortíferas. Nuestro personaje —llamémosle así para identificarlo de algún modo pues ignoramos su nombre y señas— verificaba con amargura no exenta de una pizca de vanagloria la inminencia de sus predicciones. Todos los días le aportaban nuevas pruebas que, a primera vista inconexas, recreaban no obstante, desde una perspectiva adecuada, el dibujo sutil del tapiz.

Al bajar la escalera del metro, había asistido a controles y cacheos, al paso regular de patrullas fuertemente armadas en busca de eventuales integristas y metecos indocumentados. El ejército peatonal de los usuarios avanzaba por los pasillos con aire tenso, la tormenta incubada confederaba sus amenazadoras nubes. Vio de súbito a un remolino de gente que se alejaba de alguien y le hacía el vacío con prisa y disgusto: un individuo, autóctono de una cuarentena de años, había dejado caer sus pantalones al suelo y, con el posterior ligeramente curvo, defecaba de pie a esfínter suelto. Lleno de furia y luciferino orgullo, apuntaba con un ademán del brazo a

sus propios excrementos: sí, estoy cagando! miren bien toda esta mierda! es mía y bien mía! nadie puede impedirme cagar! es el único derecho que me queda!

Nuestro exiguo héroe le observaba temblando. El energúmeno o santo increpaba violentamente al gentío, mezclaba improperios y carcajadas: vamos, vengan a ver! aquí tienen la mierda en la que vivimos! no hay más que eso detrás de sus programas y discursos! mierda, y nada más que mierda! Los usuarios fingían dignidad, aceleraban el paso, musitaban comentarios escandalizados: habráse visto, qué desfachatez, hacer sus necesidades en público. A contracorriente, el protagonista de nuestra historia aguantaba los empujones y codazos de quienes huían del espectáculo, la masa atemorizada e incrédula de los programados para la pasividad y aceptación resignada de la ley de la selva, los consumidores por procuración de inalcanzables delicias ajenas, los vapuleados sin protesta por las corrientes y flujos espontáneos de la libre economía de mercado. Cómo sublevarse, sin caer en la sinrazón y demencia, contra las sabias leyes de la naturaleza?

Al cabo se sintió desfallecer, incapaz de proseguir el paseo hasta el andén y espiar allí el rostro ceñudo de los viajeros mientras se volcaban con ímpetu desde los vagones del convoy que abría sus puertas. La iluminación nocturna se había cumplido: el Defecador era el profeta en cólera de sus pesadillas y sueños!

La guerra, el asedio, estaban a punto de comenzar.

INFORME DEL COMANDANTE (II)

A tenor de lo expuesto en el parte anterior confiado en mano al coronel L. M. para su entrega a nuestra embajada en Z., me personé de mañana con escolta e intérprete en el hotel H. I., en donde nos aguardaba ya el capitán Z. D. del Ministerio del Interior de la Presidencia. El conserje, la recepcionista y los empleados a quienes interrogué la víspera ratificaron ante el último sus declaraciones firmadas. Según ellas, nuestro compatriota se habría presentado anteayer al atardecer en el H. I. y habría hecho entrega de un pasaporte español cuyo número y señas, por un lamentable descuido, no fueron inscritos a su debido tiempo en el registro diario de entradas. Nadie le vio a la hora de la cena en el comedor instalado de forma provisional en el primer piso y, aparentemente, no salió del hotel ni recibió visitas. Permaneció recluido en la habitación 435 y allí le sorprendió el proyectil que, aproximadamente a las 8.30 de la mañana, acabó con su vida.

El único elemento nuevo de este insólito lance lo hallé en la plana final del cuaderno de poemas a cuyo contenido me referiré luego: unas iniciales, «J. G.», escritas a mano. Como expliqué al funcionario del Ministerio del Interior de la Presidencia, no contribuyen gran cosa a solucionar el rompecabezas. En nuestro país, le dije, abundan como las aves en el cielo y los peces en el mar: una lista de Juanes Pérez y Jesús González podría componer por sí sola el censo de una población como La Coruña. Subimos de nuevo al cuarto piso, a visitar las ruinas de la habitación, aprovechando el brillante sol invernal que agraciaba a esta sufrida ciudad con su cordialidad esquiva. Revolvimos en vano los muebles, la cama, el colchón, los escombros, en busca de alguna pista. Lo que más me turbaba era la falta de toda huella de sangre. La colcha en la que fue envuelto no presentaba mancha alguna; pero cómo saber si era la misma con la que le cubrieron? Los empleados juraban que sí y la llegada del forense —el doctor

F. K., que domina correctamente el inglés— aclaró en parte el misterio sin resolver no obstante el enigma. Nuestro compatriota falleció de un paro cardíaco consecutivo a la explosión. Su cuerpo sólo mostraba unos rasguños y el impacto del golpe ocasionado por su caída: probablemente fue proyectado contra la pared a unos tres o cuatro metros del lugar que ocupaba. El forense confirmó las declaraciones del personal: el cadáver era el de un hombre de una sesentena de años, de estatura media y cabello ralo. Vestía zamarra, grueso jersey de lana y camisa de color verde que él desabotonó para auscultarle y verificar si había sido alcanzado por la metralla. Informado de su desaparición posterior por la asesoría médica de la Presidencia, se trasladó, según dijo, esta misma mañana al depósito de cadáveres a fin de cerciorarse de que no figuraba con nombre supuesto entre los que aguardan turno para su entierro aleatorio y furtivo. El encargado del registro afirma que no hay entre los ingresados de la víspera ningún individuo sin identificar de las características por él descritas: únicamente un niño de ocho años, acribillado en la calle por el estallido de una granada y cuyo cuerpo fue reconocido a última hora por un pariente, pues sus padres y hermanos habían perecido con anterioridad en el asedio.

Lamento que las pesquisas no hayan ido más lejos ni logrado desenredar la madeja de este enmarañado episodio: un cadáver anónimo y al punto desvanecido. En la fase actual de la investigación todas las hipótesis son posibles. Los colegas del mando multinacional con quienes discutí el caso en el comedor apuntan a una eventual conexión del interfecto con la mafia local, especializada en diversas actividades delictivas como drogas, contrabando, tráfico de divisas, etcétera. Pero, sin desechar del todo tal conjetura, creo que la lectura de los manuscritos hallados en la maleta sugiere otros derroteros.

Un simple repaso de los poemas del enigmático «J. G.» revela con claridad que se trata de un invertido. Los versos, sobre cuyo posible valor estético no me pronuncio, reproducen una serie de imágenes y actos que, con el disfraz de un lenguaje sibilino y artero, constituyen una descarada apología del vicio. El amor nefando o contra natura es expuesto y, peor aún, enhestado de manera cruda y explícita. El título de «Zona

Sotádica» debe leerse como un guiño de complicidad al célebre explorador y erotómano inglés sir Richard Burton, cuya vida y milagros divulgó en nuestra patria el autor de *Coto vedado*. Ni en los poemarios más atrevidos de nuestros bardos decadentes y lánguidos había leído algo tan degradante, vejatorio e indigno.

El problema que, pruebas en mano, se plantea ahora es por qué y cómo un sujeto de tal índole vino a una ciudad en la que la vida corre constante peligro. S. no es precisamente el lugar más apropiado para el turismo sexual y la busca de azarasas aventuras. Confieso que semejante dicotomía —en caso de que los versos sean obra del individuo muerto y desaparecido— me perturba en extremo. Hay demasiados elementos contradictorios e inexplicables en lo que, si no fuera un hecho tristemente real, calificaría de arcano o vulgar acertijo.

Espero a cumplir mi turno de servicio en el aeropuerto —los vuelos humanitarios suspendidos desde hace 48 horas se reanudarán, salvo imprevisto, mañana— para examinar los demás manuscritos del difunto. Tal vez encuentre en ellos algún dato que ayude a despejar la nebulosidad del asunto. Asimismo comprobaré in situ si algún ciudadano español de sus particularidades tomó en los últimos quince días un vuelo de las que irónicamente bautizamos Maybe Airlines. Insisto en que de momento se impone la máxima discreción y cautela. El prestigio de nuestra misión está en juego. Por este país desgarrado merodean numerosos samaritanos con credenciales de periodista que, so capa de humanitarismo y solidaridad con las víctimas, aprovechan cualquier fallo para denunciar nuestra acción, acusarnos de complicidad con los sitiadores y pintar el papel desempeñado en el terreno por la Fuerza Internacional de Interposición con los tintes más negros.

Aguardo confirmación telefónica de la buena recepción de la documentación sobre el caso en nuestra embajada en Z.

EL DEFECADOR

El muchachito delgado, sentado en el cintillo de la acera al pie de la puerta monumental erigida en honor de Ludovico Magno, aspiraba las inhalaciones del trapo embebido de pegamento con la misma delicadeza y languidez con las que la heroína de *La Dama de las Camelias* ocultaba a sus amantes accesos de tos y hemoptisis con un pañolín de encaje. La masa colorida de los jóvenes con cabello afro no ocupaba su sitio habitual: habían puesto sus personas a salvo o caído en las mallas de una redada de la gendarmería? Rumores incontrolados auguraban la inmediatez de una «noche de los cristales rotos», dirigida contra los metecos. Las barreras de obras públicas y espacios acordonados del Bulevar en torno al edificio de Correos intrigaban e inducían a algunos transeúntes a expresarse sin trabas. Los han puesto ya en previsión de la Gran Limpieza!, decía a voces un individuo con boina en el tono de quien está en el ajo. El día fijado los concentrarán aquí antes de enviarlos por paquete certificado a sus países de origen! Los peatones le escuchaban en silencio y algunos asentían: sí señor, tiene usted razón, las cosas han llegado a un punto inadmisibile! Si las autoridades no intervienen, tendremos que actuar por nuestra cuenta: tomarnos la justicia por las manos!

El barrio hervía de extranjeros. Algunos inmigrantes ilegales, el rostro cubierto con pañuelos, preparaban una manifestación. Nuestro menguado héroe descubrió orgulloso entre ellos al membrudo jayán que de ordinario jugaba a los dados junto a la boca del metro, con sus bíceps de atleta y cabello esculpido a lo Grace Jones. Ahora había ceñido su frente con una banda roja y parecía capitanear la taifa de los rebeldes. Sintió deseos de hablar con él, brindarle sus servicios, infiltrar los Comités de Defensa de los autóctonos y transmitirle en secreto sus informes y planes. Mientras dudaba en dar el paso, alguien le asió de pronto por el brazo y, al volverse a ver quién era, su semblante se ensombreció.

Son todos integristas!, decía la vecina apuntando con el dedo a un grupo de paquistaníes. No ha visto sus barbas? Están tramando algún ataque o atentado en el barrio! Por qué visten estas túnicas sino para ocultar las armas? Ayer vi en la tele el arsenal capturado por la policía en el piso de uno de ellos: ametralladoras, fusiles recortados, Coranes, cartuchos de dinamita! Dicen que quieren imponer el velo a las mujeres y las que se resistan serán violadas y degolladas!

Le aconsejó un poco de calma. Estaba seguro de que nadie la iba a obligar a cubrir la obra de arte confeccionada por su peluquero y, menos aún, prestarse a forzarla.

Casi no me atrevo a salir a la calle!, sollozó ella. En la cola de la panadería había varios barbudos con ojos como alacranes! Uno llevaba unas gafas oscuras como ese imam ciego que puso las bombas en el rascacielos de Nueva York! He oído decir que sus mujeres, que creemos embarazadas, transportan en realidad explosivos adheridos a las fajas y se disponen a cometer atentados suicidas!

La tranquilizó como pudo y se desembarazó de ella con la falaz promesa de una visita a su apartamento a la hora en la que solía tomar un dedo de güisqui en memoria de su difunto marido. Pero el atleta y su taifa se habían eclipsado entre tanto.

Las aceras de la Rué du Faubourg Saint Denis rebosaban de mendigos, condecorados con la mugre y andrajos de los protagonistas de *Aladre Coraje*’, habían empaquetado sus pobres enseres en bolsas de plástico de El Corte Inglés, Mark and Spencer y Galerías Lafayette como clientes adictos a estos almacenes y parecían pregonar grandiosas ofertas objeto de especial promoción. El Defecador del metro, vestido como los agitadores sociales de principios de siglo reproducidos en las páginas de *L’Illustration*, les arengaba encaramado en una pila de cajas de fruta vacías bajo una pancarta con un compulsivo grito de auxilio:

SOMOS UNA ESPECIE EN VÍAS DE EXTINCIÓN!

Su discurso se dirigía, según proclamaba con ayuda de una bocina, a los parados, excluidos y arrojados de patitas a la calle tras años y años de fieles y leales servicios por las

flamantes doctrinas de la deslocalización y flexibilidad laboral; a las víctimas del dogma científico del monetarismo, tienda global y especulación sin trabas; a la masa de detritos humanos irreciclables, que pronto serían exportados en contenedores al Tercer Mundo para salvar el ecosistema del Primero y frenar su degradación ambiental; a los condenados a vivir en chozas junto a los vertederos de residuos tóxicos por ser ellos mismos vertidos y escorias de alta toxicidad; a los excrementos del cuerpo social que, luego de ser comprimidos y triturados en el estómago e intestinos de los poderosos, caían en las letrinas por el despeñadero del recto.

Sí, somos heces, materias fecales, cuyo olor y vista ofenden narices y ojos de la gente guapa! Contaminados e irradiados por sus laboratorios e industrias, no servimos siquiera de abono para fertilizar sus campos! Nos deberán enterrar bajo bloques de cemento compacto a fin de no corromper su agua, su tierra y su aire, a menos que esos señores que solicitan nuestros votos para auparse no recurran al cuarto y más eficaz de los elementos: el fuego! Nuestra reducción a cenizas en grandes hornos de incineración!

La masa de mendigos cubría ya la calzada, el tráfico había sido cortado en la Rue du Château d'Eau y nuestro escaso héroe captó con fruición la mirada torva de la estatua de San Antonio, con su cerdito y báculo, a la fastuosa tribuna del Defecador.

Nosotros componemos la Internacional de los excrementos, las heces apestosas del nuevo orden planetario! Fragmentados, dispersos, pueden barrernos a chorro con sus mangueras y desinfectar después el suelo con lejía y zotal! Unidos, no podrán baldearnos!

(El clamor de los vítores ahogó el zurrido de remotas sirenas policiales. Había una concentración de fuerzas antidisturbios en la Gare de l'Est como pretendían algunos excitados?)

Escuchadme bien! Nuestra marea hedionda invadirá sus calles, avanzará irresistible como la lava de los volcanes, paralizará el tráfico de sus automóviles, enviscará en las aceras a sus atildados ejecutivos, cercará el sagrado templo de la Bolsa y silenciará el griterío de sus adoradores, llenará de

fetidez sus mansiones y ahuyentará de ellas a sus habitantes, se extenderá en las oficinas bancarias hasta alcanzar las cajas de caudales y transmutar el oro y billetes en mierda!

Fue la violencia de los aplausos con los que los andrajosos acogieron estas palabras o el timbrazo intempestivo del cobrador del gas o la maldita vecina lo que le despertó? Su cabeza emergió con la cautela de la de una tortuga por entre las sábanas y su mirada vagarosa erró por la pieza hasta fijarse en las cifras luminosas del despertador.

Eran las ocho en punto de la mañana.

Una duda tenaz le atormentaba: demagogo o profeta? Quién era a fin de cuentas el Defecador?

SEGUNDO SUEÑO

Subes la escalera de la agencia de empleo con la cartera llena de documentos, diplomas y títulos universitarios, certificados de trabajo y buena conducta, un currículo sólido como el caparazón de un crustáceo. En los escalones de los tramos inferiores se hacinan incontables almas en paro, sombras inconsistentes y de apariencia escuálida, curtidas de paciencia, amasadas de resignación. Se han cepillado antes de venir los trajes andrajosos y zapatos boquiabiertos, acicalado con los dedos o un peine ralo la maraña hirsuta de sus cabellos, refrescado los rostros purulentos y cubiertos de hematomas en la pila de una fuente pública. Disimulan los signos ostentatorios de pobreza con cordeles y parches, asumen su condición precaria con modesta y silenciosa dignidad.

Distingues entre ellos a un viejo conocido: el señor mayor acampado en el bulevar. Se ha planchado el traje gastado hasta la urdimbre de la tela y lleva un estrafalario sombrero, recuperado sin duda de uno de los contenedores de basura cercanos a los talleres de confección. También él ha reunido un puñado de cartas e impresos sujetos con una cinta: testimonio de remotos empleos, certificados de domicilio prescritos, fotografías antiguas, borrosas y amarillentas. Se ha acomodado en el escalón superior del tramo, junto al rellano de la escalera, pero postulantes más aguerridos y jóvenes le cortan brutalmente el paso.

Ves a continuación a mujeres y hombres de edad mediana, vestidos con esmero, pertrechados de credenciales de mayor verosimilitud. El percance del desempleo, pretenden, es coyuntural y fortuito, como un resfriado contraído por imprudencia y de fácil medicación. Para barrer todo indicio de enfermedad crónica y quizás incurable, han cuidado su atuendo y sonrisa con profesionalidad de clientes de una empresa de imagen. Quieren inspirar confianza, irradiar optimismo, convencer a los empleados de la agencia de su fe

en el sistema y brillantez de sus perspectivas una vez superado el absurdo traspié que dio con sus huesos en tierra.

Más arriba aún, en ansioso semicírculo en torno a la puerta de entrada, una turba de ejecutivos con maletines Delsey, trajes grises, corbatas y camisas de cuello almidonado, ensayan el número de presentación, sus dones persuasivos, la exposición ordenada de sus méritos, experiencias, capacidades. Quienes hablan o chapurrean inglés, lucen su deslumbrante sabiduría en materias de marketing y artes competitivas. Pero la niebla que paulatinamente se adueña de la escalera los desdibuja: sus cualidades y merecimientos palidecen, se vuelven quebradizos y tenues, se volatilizan como en un espejismo.

Te abres paso entre sus siluetas inconsistentes y penetras en la oficina. Acá todo es moderno, aséptico y funcional. Azafatas uniformadas se deslizan entre los visitantes con patines de ruedas: sus faldas en campana evocan tutus de bailarina con plumaje de avestruz. Una de ellas, veloz y eficiente, se hace cargo de ti: te guía por un largo pasillo decorado de espejos y gira sobre sí misma para frenar de súbito, apoyando en el suelo la punta blanca de su botín.

En el despacho al que te introduce, un hombre joven, en bata y con *gafas* de montura dorada, te aguarda sentado al otro lado de una mesa cubierta de teléfonos, faxes y ordenadores. Con un ademán amable, te invita a ocupar la butaca reservada a los solicitantes.

El (con una sonrisa fija): le escucho, soy todo oídos.

Tú (confiado): aquí traigo mi currículum y los documentos adjuntos. Como verá, me gradué en la universidad de

El (cortante): déjelo todo sobre la mesa! Sus títulos no me interesan. Cuál es su signo astrológico?

Tú (confuso): creo que Capricornio.

Él (severo): lo cree solamente o es un hecho verificable?

Tú (resuelto a mostrarte seguro): se lo voy a probar ahora mismo si me lo permite.

Él (sujetando tu documentación con la mano): los cofrades de este signo tienen fama de obstinados, secretos y taciturnos. Se identifica usted con estas características?

Tú (dubitativo): bueno, la verdad es que

El (suave): en qué fecha y hora nació?

Tú (de carrerilla): el día cinco de enero a las veintidós treinta!

El (de nuevo serio): voy a meter los datos en mi ordenador. Entretanto, pase a la habitación contigua. Mi colaboradora debe hacerle una serie de pruebas.

Le obedeces y esperas en un pequeño cuarto cuyo mobiliario se reduce a una mesa y dos sillas, la ausencia de gráficos de temperatura, rayos X y equipo médico te inquieta. A qué clase de test piensan someterte? La llegada de otra patinadora con cola de plumas te saca de dudas. Trae entre manos una carpetilla con páginas manuscritas y cuartillas vírgenes y las deposita sobre la mesa.

Ella: va a pasar usted la prueba grafológica. Escúcheme bien: copie en las cuartillas en blanco el texto escrito en las otras sin saltarse una coma. En cuanto termine, pulse el timbre. Con su escritura y esquema zodiacal a punto, el jefe decidirá.

Te sientas a la mesa y das un vistazo al contenido de la carpetilla: las hojas manuscritas reproducen tu letra y verificas con sobresalto el título: «Prolegómenos a un apocalipsis»!

El descubrimiento te deja perplejo: para qué copiar lo que ya has escrito? Superando temores y dudas, llamas a la azafata.

Tú: señorita, yo soy el autor de estas páginas!

Ella: demuéstrelo usted! Autentifique delante de mí media docena de líneas!

Le obedeces con resignación: qué relación guarda todo esto con el puesto de trabajo que buscas?

Tú (interrumpiendo la transcripción): no voy a aburrirme ni aburrir a los lectores con lo que han leído. Creo que esta pequeña muestra es más que suficiente.

Ella: Okay. Ahora mismo se la paso al jefe. Entretanto, relájese, haga algún ejercicio de yoga! Él le convocará dentro de unos minutos.

Tú: tengo esperanzas de que me den un empleo?

Ella: a qué diablos de empleo se refiere? Aquí no buscamos trabajo a nadie! Nuestro campo es el de la cenestesia, bilocalización, desdoblamiento y astrología! Todo ser humano nace simultáneamente con su enemigo virtual. Nosotros averiguamos quién es, en qué lugar nació, dónde vive, cuál es su oficio y sexo, para ponerlos en contacto!

Tú: todo eso es absurdo!

Ella: en modo alguno! Cada uno desconoce la existencia del otro, a menos de que sean gemelos o que un portentoso azar los reúna. Una posibilidad infinitésima, como puede usted imaginar! Su perfil astrológico y escritura nos son de gran ayuda. Le prevengo de que no podemos garantizar el encuentro con seguridad absoluta. Pero si lo conseguimos, el choque será inevitable. Ninguna criatura alcanza a sustraerse a esta recíproca gravitación!

La azafata gira sobre sus patines y desaparece en medio de un revuelo de plumas y frufrú de sedas, dejándote a solas en la habitación fantasmal.

INFORME DEL COMANDANTE (III)

En cuanto amaneció —después de una noche en vela, absorto en la lectura de los manuscritos hallados en la maleta —, me personé en compañía de mi colega británico M. R. en el antiguo edificio de Correos situado hoy en la frontera de la ciudad sitiada. El día era espléndido y, a través de la mirilla de la tanqueta, podía atisbar los esqueletos rencorosos de los edificios chamuscados, los caparazones oxidados de vehículos y tranvías reducidos a chatarra después de abrasadora ignición. Una nieve de luz cegadora parecía disolverse en la transparencia del aire. Los habitantes permanecían agazapados en sus casas y sólo divisé a lo largo de la avenida a media docena de siluetas desvalidas y enfermas. El tableteo de una ametralladora quebraba de vez en cuando la fragilidad del silencio con su alborotadora crepitación.

Luego de una breve plática con los oficiales y mandos a quienes relevábamos, cruzamos la tierra de nadie, la geografía de la desolación: líneas de tranvías que no llevan a ninguna parte; cables torcidos y medio enroscados; viviendas desdentadas, desfiguradas o tuertas; árboles desnudos que nadie se atreve a talar. La dotación del blindado, compuesta de áscaris egipcios y jordanos, permanecía tan silenciosa y ensimismada como yo.

En su oficina de campaña, protegida con sacos terreros, el coronel nos comunicó el parte de la jornada: no se había registrado desde la víspera ningún incidente y los vuelos fijados se cumplían con normalidad. Fui a mi despacho y consulté atentamente la lista de pasajeros de las últimas semanas. Los tres españoles que figuran en ellas son dos periodistas conocidos y un miembro de Médicos sin Fronteras a cuyas opiniones temperamentales e irreflexivas sobre el papel de la Fuerza Internacional de Interposición en el conflicto me enfrenté días atrás en el curso de una cena. Si el «J. G.» muerto y desvanecido llegó a la ciudad, tuvo que

hacerlo por tierra y con documentación falsa, en el único convoy de ayuda humanitaria autorizado a pasar por los sitiadores hace ya unos meses.

La oscuridad que envuelve el asunto aumenta y cada día aporta nuevos datos que desmienten anteriores conjeturas. Las pocas pruebas de las que disponemos son escasamente fidedignas: la traducción inglesa del acta de defunción, que ordené por mi cuenta, me sumió por ejemplo en *un* mar de dudas. Cómo es posible que el forense no precisara en ella la causa de la muerte al levantarla y firmarla? Por qué puso «desconocido» en vez de recabar en conserjería el pasaporte del difunto? Cómo no se percató de su desaparición la recepcionista antes de mi llegada?

En medio de la rutina de la jornada —envío de una delegación de oficiales al cuartel de los asediadores para discutir de la seguridad en el aeropuerto—, se me ocurrió la idea de echar un vistazo a la saca de la correspondencia incautada en los últimos días. En virtud de una disposición confidencial del alto mando, los periodistas y miembros de las ONG que a su salida de S. lo hacían con paquetes de cartas depositadas en la conserjería del H. I. por los incomunicados habitantes de la ciudad, no pueden llevar consigo sino seis: las que sobrepasan la cifra les son confiscadas en el aeropuerto y acumulan el polvo en una saca del despacho contiguo al que utilizo en mis horas de turno.

Sin gran convencimiento, pero con una soterrada esperanza, comencé a examinarlas de una en una —había centenares, de todas las formas y tamaños, destinadas a cónyuges, padres, hijos, hermanos, parientes o amigos de los sitiados— hasta dar con aquella cuya simple vista me sobresaltó: la dirigida a un tal «J. G.», Boite Postal 435, PTT, Boulevard de Bonne Nouvelle, 75010 París. Aunque su remite estaba en árabe, las señas del destinatario revelaban una escritura idéntica a la de las anotaciones a los manuscritos hallados en la maleta! Con una exaltación fácil de comprender, la dejé, temblando, sobre la mesa. Era un sobre mediano, amarillento y basto, con unas cuartillas de un peso aproximativo de unos cien gramos. Cerré con llave la puerta de la oficina: presentía la importancia del descubrimiento y no quería que nadie perturbara la lectura.

Una breve ojeada al contenido me convenció de que el dueño de la maleta y el autor de la misiva es el mismo. Pero mi perplejidad llegó a su colmo cuando comprobé que el texto enviado a «J. G.» correspondía palabra por palabra al contenido de las primeras páginas del presente libro.

DISTRITO SITIADO

Le despertó el eco sordo de unos disparos. Alargó el brazo para pulsar el botón de la lámpara, pero la bombilla no se encendió. Medio aturdido, buscó sus zapatillas a tientas y descorrió la cortina antes de abrir las persianas. Clareaba, y el silencio de la calle desierta le sobrecogió: ni un peatón ni un automóvil pese a que era la hora en que solían abrir los comercios. Ladeando la cabeza hacia la izquierda, descubrió que el tráfico del bulevar había sido cortado. Alambradas y caballos de frisa se interponían entre el chaflán del cine y el devastado café de la esquina. La línea del frente parecía situarse allí. No pudo seguir con sus indagaciones porque el silbido de un proyectil a escasos centímetros de su cabeza le obligó a echarse atrás. Mientras cerraba apresuradamente la ventana escuchó el impacto y rebote de la bala en el flanco del edificio contiguo. Quién, y por qué, le había escogido por blanco?

Se vistió en la penumbra tras verificar que el corte del suministro eléctrico era general. El ascensor permanecía anormalmente quieto; en los inmuebles fronteros, ocupados por inmigrados, no se divisaba luz alguna. Por fortuna, el gas funcionaba y pudo prepararse una taza de café. Gracias a su previsión o corazonada, su despensa rebosaba de todos los productos necesarios para una situación de emergencia. Al menos, se dijo egoístamente, no pasaría hambre.

Alguien golpeaba en la puerta con los nudillos. La vecina, despeinada y en bata, era la estampa viva del terror. El barrio estaba sitiado, sollozó. Durante la noche habían alzado barricadas en los bulevares y francotiradores apostados en los distritos limítrofes disparaban contra todo lo que se movía. Había visto caer a un pobre señor que sacaba a pasear a su perro y el esniper —lo pronunciaba así, temblándole la voz— había completado su labor acallando a balazos los gemidos del chucho. Hay que ver, ensañarse así con un inocente animalillo! La situación era la misma en todo el Arrondissement, acababa

de hablar por teléfono con una amiga del Bulevar Sebastopol y allá también había víctimas, tiradores emboscados y alambradas eléctricas! Vertió el agua aún caliente en otra taza y le puso un sobre de tila. La vecina —una funcionaria del Estado jubilada, que había enviudado años antes e insinuaba a menudo entre suspiros que su condición de solterón empedernido tenía remedio fácil— parecía al borde del colapso. Ella creía ingenuamente que horrores así existían sólo en la tele, en ciudades exóticas habituadas a este tipo de cosas, pero, allí, era en verdad increíble. Doscientas mil personas atrapadas como cobayas en el centro de la capital!

La radio se había limitado a transmitir un comunicado escueto, intercalado entre las demás noticias del día y las cuñas publicitarias, sin esclarecer ni juzgar las causas del atropello. La consigna venía a todas luces de muy alto: en la tertulia matinal, en donde se discutía lo divino y lo humano, nadie había mencionado el cerco. Quieren quitar hierro al asunto, ahogarlo en un mar de informaciones ordinarias!: las inundaciones de Italia, el campeonato mundial de tenis, la subida espectacular de la Bolsa gracias a la política de austeridad del Gobierno y sus audaces recortes a los programas sociales.

A nadie parece importarle un rábano el asedio y bombardeo de nuestro distrito! Si eso ocurriera en los Balcanes o en el mundo árabe, yo lo comprendería perfectamente, pero, dígame usted, amigo mío, cómo toleran tal salvajada en nuestro propio suelo?

Procuró calmarla y la acompañó, sollozante aún, al apartamento contiguo: contrariamente a lo que temía, no aprovechó la ocasión para desmayarse en sus brazos. Necesitaba un poco de tranquilidad para recapacitar y hacer planes, pero los conciliábulos del rellano y visitas de otros vecinos se lo impidieron. Todos aportaban nuevos datos a la extraña situación que vivían: en el Bulevar de Bonne Nouvelle se apilaban docenas de cadáveres; una familia entera del Sentier había sido diezmada de un mortero; francotiradores apostados en el tejado del edificio de Correos remataban sistemáticamente a los heridos; las ambulancias de la Cruz Roja no podían cruzar la línea del frente; los portavoces

oficiales minimizaban los sucesos y reafirmaban su voluntad de defender el orden republicano. Esto no es más que el comienzo, decía el ex policía del primer piso, como dando a entender que disponía de información oculta y sabía lo que se tramaba bajo mano. El cerco puede durar meses y meses!

Agotados por el parloteo inútil, los habitantes del inmueble se recogieron a sus viviendas. Qué otra cosa podían hacer sino aguardar el curso imprevisible de los acontecimientos? El hijo del señor calvo vendedor de pólizas de seguro había atravesado la calle como un galgo y, cubierto por los maltrechos edificios de la Rué de la Lune, se precipitó a la cercana comisaría. Desde las ventanas de la fachada, ciegas en apariencia, docenas de mirones siguieron su trayecto y le vieron regresar al cabo de poco, siempre veloz pero con la contrariedad pintada en el rostro. Los policías teóricamente encargados de su protección habían desertado de su puesto después de desconectar los teléfonos y destruir el fichero informatizado! Todo obedecía a una turbia confabulación de intereses inmobiliarios y politiqueros, el asedio había sido cuidadosamente programado!

El estupor de los habitantes del distrito era más fuerte que sus lamentos. Semejante barbarie en la patria de los derechos humanos les anonadaba. Las Asociaciones de Vecinos enviadas a parlamentar con el enemigo no llegaron siquiera a las barricadas. Altavoces instalados al otro lado del bulevar les conminaron a despejar inmediatamente el campo de batalla so pena de ser barridos a morteradas. Nuevos emisarios e improvisados mediadores de convicciones pacifistas fueron capturados o abatidos por los francotiradores. El número de víctimas aumentaba de día en día. A falta de cementerios, y ante la negativa de los asediadores a hacerse cargo de los cadáveres, hubo que cavar fosas comunes en los solares y escuálidos jardincillos públicos. Ya sabe usted que yo no soy racista, repetía la vecina como un disco, pero la idea de descansar para siempre junto a un turco o un negro me revuelve las tripas! Si ni siquiera podemos ser enterrados como Dios manda, mejor no haber nacido, me digo. Bastante hemos penado en esta vida para que encima nos sepulten revueltos, con gentes de otras costumbres y razas!

El la escuchaba impasible, sin muestras de desacuerdo ni asentimiento, inquieto tan sólo porque sacara a relucir el tema de su presunta comunidad de almas —preludio del mucho más amenazador y concreto del de la de cuerpos— o porque le diera uno de sus habituales desfallecimientos, pretexto ideal para acampar en su casa. Nuestro personaje era todo oídos: el asedio fulgurante del distrito avivaba su energía y facultades inventivas. Le habitaba un curioso sentimiento de dicha y hacía lo posible para ocultarlo. La situación no se prestaba desde luego a la sonrisa. Los dispensarios y clínicas, según la enfermera del sexto, estaban abarrotados: suero, coagulantes y anestésicos empezaban a escasear. Las operaciones se hacen a la luz del día, frente a las ventanas, a riesgo de un impacto de obús o una precisa trayectoria de bala. Los heridos yacen en camillas, en corredores y escaleras, apretujados como animales!

También faltaban los alimentos: los supermercados y almacenes situados en zonas de menor peligro sufrieron el asalto de amas de casa y acaparadores de toda laya, prestos a pescar en río revuelto y enriquecerse a costa del mal ajeno. Parece que son judíos, le había dicho la vecina; no todos ellos, claro, porque conozco a algunos de buen corazón, honrados como usted y como yo, pero por lo visto son los menos!

Improvisados Comités de Defensa se esforzaban en imponer un semblante de orden en el desbarajuste de la especulación y anarquía. El pan y otros productos básicos fueron racionados: cada hogar debía consignar las cantidades recibidas en una libreta sellada con tampón oficial. Media docena de falsificadores de estampillas acabaron por ser descubiertos y apresados en Cárceles del Pueblo, en los sótanos de los edificios bombardeados. Conforme a los rumores difundidos por Radio Macuto entre los vecinos de la escalera, eran paquistaníes y curdos.

La carestía y privaciones se agravaron con el frío. En los inmuebles burgueses, el sistema de calefacción no funcionaba por falta de combustible y sus moradores se arrebujaban con mantas o arrimaban las manos entumidas a los infiernillos y fogones de gas. Ellos están acostumbrados a las bajas temperaturas de sus países, decía la mujer del abogado

apuntando con dedo rencoroso a las viviendas insalubres utilizadas como talleres de confección y en cuyas buhardillas y habitaciones exiguas se hacinaban familias numerosas de inmigrantes oriundos de Anatolia; pero nosotros no conocíamos nada así desde los años de la Ocupación! Para calentarse, ellos queman cualquier cosa, cartones de embalaje, periódicos, libros, qué sé yo! El día menos pensado van a provocar un incendio que puede propagarse a este lado de la calle, y quién podrá apagarlo si no autorizan la entrada ni a los bomberos?

La posibilidad de comunicarse por teléfono con familiares y amigos de otros distritos —la sarta interminable de quejas y gemidos de la vecina, aferrada todo el santo día a su coqueto receptor blanco— constituía un arma de doble filo. Permitía exponer lo inverosímil y atroz de la situación —con la esperanza, pronto frustrada, de suscitar extramuros acciones de protesta y solidaridad— pero desalentaba aún más a los asediados en la medida en que su drama y miserias no conmovían a nadie. Las noticias del cerco habían desaparecido de modo paulatino de los informativos de televisión y boletines de radio captados por los felices poseedores de pilas o emergían de vez en cuando, en caso de una carnicería particularmente odiosa, como tema secundario y de escaso interés. Las tragedias que duran demasiado aburren, decía resignado un mayorista cuyo almacén había sido destrozado por un obús. La novedad del día se traga la de la víspera y la opinión pública se desentiende de que nos cacen como liebres!

Los hechos parecían darle la razón. Los vecinos del inmueble habían descubierto, primero con asombro y luego con indignación, que la vida de la ciudad proseguía su curso normal. La radio hablaba de estrenos cinematográficos, acontecimientos musicales y encuentros deportivos! Más chocante aún: las líneas de metro que cruzan o bordean el barrio funcionaban regularmente. Sólo habían clausurado las estaciones sitas en el distrito o contiguas al mismo: Montmartre, Bonne Nouvelle, Strasbourg-Saint Denis, Sentier, Réamur-Sébastopol. Un simple aviso manuscrito prevenía a los usuarios, sin precisar las razones del cierre. Nos tratan como apestados, se indignaba la enfermera. Cómo es posible

que nadie intervenga ni mueva un dedo para socorrernos? Ni que estuviéramos en Camboya o Ruanda!

El día en el que cortaron el gas y el teléfono, la moral de los inquilinos del inmueble, frágil tras nueve meses de asedio, se desplomó. Nuestro personaje lo había previsto y aumentó el número de jerséis y calzones con los que se cubría hasta forrarse como una alcachofa. Rememoraba a solas las vicisitudes del día y salía a la escalera mugrienta y llena de vidrios rotos a escuchar los comentarios de los vecinos. La mano oculta que dirigía el cerco y acallaba la voz de las víctimas, había resuelto acrecer su presión sobre el barrio incomunicándolo por completo? Todo eran conjeturas. Lo cierto es que las líneas fueron desconectadas y una lluvia de proyectiles cayó poco después en la arteria comercial del Arrondissement. Tras aquella advertencia —silenciada con unanimidad sospechosa por los medios informativos a fin de no alarmar, se susurraba, a inversores y turistas—, los dueños de las carnicerías y colmados antaño atestados y prósperos de la Rué de Montorgueil bajaron, definitivamente esta vez, sus puertas metálicas.

Atrincherados en sus domicilios, los habitantes del distrito se preguntaban, con angustia y culpabilidad crecientes, las causas de su castigo. Qué crimen habían cometido para ser sometidos a un asedio tan bárbaro? Por qué los trataban como negros indocumentados, integristas, sidosos o yonquis? Nos odian por ser hospitalarios y vivir en paz con los inmigrados!, había dicho la peluquera del segundo, casada desde hacía veinte años con un árabe. En la puerta del inmueble yacía el cuerpo acribillado de otro norteafricano y ningún socorrista acudía a recogerlo y darle sepultura. La culpa es suya!, dictaminó la vecina, conteniendo a duras penas las lágrimas con el pañuelo. Si se hubieran quedado en sus países en vez de venir al nuestro, no estaríamos padeciendo lo que ahora padecemos! Usted, amigo mío, conoce mi manera de pensar: nunca he sido racista, pero el hecho está ahí. Quién ha dado mala fama al barrio? Los extranjeros! Quién atacó con una navaja a mi cuñada, que en paz descansa, la última vez que vino a verme? Un árabe! Quién agredió en el ascensor a la viuda del séptimo? Un negro! Quiénes venden y se inyectan drogas en la Rué de

Saint Denis y los pasillos del metro? Los inmigrados! Ellos nos han traído la desgracia y ahora pagamos justos por pecadores! Los responsables del asedio son ellos!

(El la escuchaba como quien oye llover y registraba mentalmente sus frases más floridas para anotarlas después en su dietario.)

El silencio que envolvía el cerco comenzaba a resultar más penoso que el cerco mismo. Ni el Gobierno ni el alcalde de la capital ni el diputado a la Asamblea Nacional elegido en el distrito formulaban condena alguna: las discusiones sobre el estado de la nación, en las que los portavoces de la oposición no se privaban de las críticas más acerbadas, eludían toda mención al asunto. Las radios libres, los periodistas especializados en temas candentes, incluso los habitantes de los barrios limítrofes participaban en aquel contubernio: el hijo del vendedor de pólizas de seguro había renovado no se sabe cómo su repuesto de pilas e invitó a los vecinos a zapear su televisor. Carreras de caballos, resultados del Tiercé, semifinales de la Copa de Europa de fútbol, la pasarela del último desfile de modas, la ceremonia de entrega de los Oscars, un serial norteamericano sobre el hampa de Miami, dibujos animados, concursos, Barrio Sésamo, mesas redondas, reality shows: el asedio del Distrito Segundo había sido pura y simplemente tachado! Según la dama rubia del quinto, ex amante de un alto directivo de la Unesco, el Comité de Salud Pública del barrio había hecho llegar al secretario general de las Naciones Unidas y al presidente del Tribunal Internacional de La Haya un dossier detallado de los crímenes de guerra y violaciones masivas de los derechos humanos acaecidos en el Arrondissement sin obtener respuesta. Nos menosprecian como si fuéramos Sarajevo o Chechenia, comentó la enfermera exasperada. Nuestra situación no afecta sus intereses vitales y en consecuencia se cruzan de brazos!

La llegada de la primavera recrudeció los ataques de mortero y la saña de los francotiradores, pero alimentaba la esperanza general de una tregua, en el inicio de unas posibles conversaciones de paz. El problema estribaba en que nadie conocía las exigencias de los asediadores. La agresión se había perpetrado sin un motivo explícito: correspondía por tanto a

los agredidos averiguar las razones por las que eran sitiados. A falta de pruebas concretas y argumentos sólidos, las hipótesis y sospechas se centraban en torno a la composición heterogénea —cosmopolita, decía el ex policía— del barrio. Había que dejar el distrito limpio de inmigrados y extranjeros a fin de facilitar la demolición de sus inmuebles vetustos y de alquilar bajo para facilitar su remodelación por el voraz capital especulativo y holdings inmobiliarios? Muchos lo pensaban así y hablaban muy alto de la necesidad de unas Brigadas de Limpieza Étnica. Los extranjeros residentes en el inmueble no se atrevían ya a asomarse a la escalera por miedo de provocar la ira de los vecinos y ser acusados de la totalidad de sus desdichas y males.

Puesto que nuestros amigos no se deciden a asaltar el distrito y hacer la faena, la haremos nosotros!, anunció el ex policía. Se había puesto de acuerdo con otros colegas y simpatizantes del barrio y comenzaron a establecer una lista minuciosa de inmuebles alógenos y de metecos escaqueados en los de predominio nativo. Nuestro encogido héroe fue invitado a una de las reuniones y acudió con la minigrabadora de bolsillo con la que registraba a veces los monólogos de la vecina antes de transcribirlos en el dietario. Había que proceder con método, prontitud y eficacia, explicó el ex policía a sus adeptos. Confeccionaremos ante todo una lista de casas habitadas exclusivamente por metecos y la haremos llegar a los sitiadores, localizadas con toda precisión en el plano, para que las machaquen con sus morteros. Los mapas deberán ser perfectamente trazados de forma que puedan dar en el blanco sin riesgo de víctimas inocentes ni efectos colaterales. A continuación nos ocuparemos de los extranjeros infiltrados en los edificios de mayoría nacional!

Hay muchos judíos y armenios nacionalizados desde hace generaciones, dijo la enfermera. No sería injusto meterlos en el mismo saco que los demás?

En adelante regirá el *ius sanguinis*!, le cortó con sequedad el ex policía. No hay nacionalizaciones que valgan! Un negro bembudo con toda la documentación en regla no deja de ser un negro bembudo, me explico o no me explico?

Todo estaba absolutamente claro: las tímidas voces de protesta fueron acalladas enseguida. Las decisiones iban a ser votadas a mano alzada, esto es, por unanimidad. En una primera fase, los apartamentos que cobijaban a alógenos y advenedizos ostentarían una señal distintiva y sus moradores serían privados de la preciosa cartilla de racionamiento.

Y sus cónyuges e hijos?, preguntó el hijo del vendedor de pólizas de seguro, cuya amiguita era fruto de un matrimonio mixto.

No habrá excepción alguna! La barrida será total!

La vieja imprenta de la Rué de la Lune, guarecida en un sótano, no había sufrido el impacto de los morteros. La Brigada de Limpieza Étnica del Distrito hizo estampar diferentes modelos de avisos ornados con una medialuna, la estrella de David y un tótem africano destinados a determinar el origen de los metecos. El caso de los armenios cristianos e hindúes budistas suscitó algunas dudas.

Señalaremos sin más precisiones su condición de extranjeros!, sentenció el ex policía. Lo importante es tenerlos fichados!

La vecina acudió al piso de nuestro mezquino héroe después de la reunión. Los sitiadores se cebaban en los inmuebles cercanos a la Porte Saint Denis y se oía en sordina el tableteo de las ametralladoras. Por qué no dan de una vez el asalto y eliminan a los que hay que eliminar? Mucha gente de aquí desea ayudarles y colaborar con ellos. Dios me libre de que me tome usted por una extremista, partidaria de la violencia! Pero el uso moderado de la fuerza es a veces el mal menor, no cree usted?

(Si, a pesar de la escasez y sus dolencias crónicas, la vecina no había perdido peso —las piernas mantenían su firmeza columnaria—, sus lamentos, en cambio, eran más recios que nunca.)

Un año ya, se da cuenta? Un año atrapados en esa ratonera, sin poder pasear por los bulevares ni ir de compras a La Samaritaine ni respirar el aire de los Campos Elíseos! Ayer soñé justamente en que me invitaba usted a cenar a una

cervecería de Montparnasse con músicos de etiqueta, un público distinguido, camareros elegantes!

No recuerda usted el menú?, preguntó con suavidad nuestro héroe.

Ella no hizo caso de la interrupción: Cuando desperté y vi mi apartamento, aquella bombonera de lujo que decoró mi pobre marido que en paz descanse, sin luz, ni calefacción, triste, lleno de polvo, estuve a punto de explotar! Si hubiera sido un hombre en edad de empuñar las armas, creo que habría salido al balcón con un fusil y disparado a las zahúrdas de enfrente, a ese matrimonio de turcos que no paran de fornicar ni de fabricar hijos! Yo, que no he sido nunca racista, no puedo soportarlos ya, apretujados en su vivienda, como una camada de conejillos de Indias! Ellos y los demás inmigrados que usan y abusan de nuestra hospitalidad para procrear y servirse de las maternidades y hospitales han arruinado el país y provocado la reacción de los patriotas, de las fuerzas que nos sitian por miedo de que los contaminemos!

La identificación de extranjeros y advenedizos se llevó a cabo sin incidentes. El ex policía supervisaba el cumplimiento de las órdenes con su antigua arma reglamentaria y organizó patrullas de inquilinos que a intervalos regulares subían y bajaban por la escalera. Eso es peor que la Ocupación, murmuró una jubilada de origen judío al descubrir la estrella de seis puntas en la puerta de su vivienda. Qué van a hacer?, empezar de nuevo sus redadas?

Todo el mundo aguardaba la respuesta de los sitiadores: el bombardeo implacable de los edificios marcados por blanco. Algunos vecinos los vigilaban con sus prismáticos y corrían al filo de la ventana entreabierta cada vez que oían silbar una bala o la ensordecedora explosión de un mortero u obús. Están preparando la operación de una manera calculada y científica, aseguraba, tranquilizador, el ex policía. Cuando empiecen, actuarán en serio: no dejarán a uno vivo! Y entonces será nuestra hora: la desratización de los escondrijos!

Pero la ayuda exterior —la intervención salvadora de los que imponían el cerco— se demoraba: el sitio se prolongó un año más y los francotiradores seguían disparando sin

discernimiento. Una familia nativa pereció en su totalidad cuando su casa fue alcanzada por un cañón de grueso calibre. Sus vecinos árabes no sufrieron en cambio daño alguno. Era un error, se trataba a todas luces de un trágico error!, pero cómo remontar la moral de los vecinos si la penuria se agravaba y un nuevo invierno se les venía encima? Las Brigadas de Limpieza Étnica propugnaban iniciar la faena sin esperar al asalto; con todo, la escasez de armas y su propia debilidad física —sólo funcionaban dos panaderías y el precio de los alimentos en el mercado negro se había disparado— les convenció de la inanidad del intento. No tenían más remedio que aguardar.

Una mañana, a la hora en la que las amas de casa solían calentar las magras raciones de carne enlatada regalo de la Comunidad Europea, el edificio tembló como por efecto de un terremoto. Los últimos cristales indemnes de dos años de asedio saltaron en mil pedazos. Lámparas, cuadros, estanterías, incluso armarios, cayeron con estrépito al suelo. Nuestro personaje se aferró heroicamente a la cama y añadió una nueva manta a las que le cobijaban hasta quedar envuelto como un capullo.

Un obús se había estrellado en el gran cine de la esquina contiguo al inmueble —clausurado desde el inicio del cerco—, provocando el derrumbe de su emblemática y refulgente torre, orgullo del distrito. Aquel ataque, sin objetivo militar alguno, les apabulló. El cine se hallaba en el mismísimo bulvar, en la primera línea del frente: no podía atribuirse por tanto a un error de tiro. Habían apuntado a ciencia y conciencia, para despojar el barrio de lo que fue su símbolo: un auténtico memoricidio! Minutos después, los morteros y lanzagranadas completaron la labor destructiva: las luminarias y viejos carteles descoloridos de filmes de Walt Disney y Vanesa Paradise se desplomaron. La vecina llamaba a la puerta del estudio, sollozante y convulsa. Incapaz de aguantar sus lamentos, nuestro triste héroe corrió con sigilo el pestillo y acechó, reteniendo el aliento, el zarrapastreo de su bata hacia la bombonera de lujo.

El comité de gestión del inmueble convocó su célula de crisis: aunque no fue invitado a la reunión, nuestro

protagonista se coló en ella con la minigrabadora de bolsillo a punto. Los inquilinos oriundos del distrito necesitaban una explicación plausible, seguida de directivas orientadoras, para mantener su fe. Pero el ex policía, de ordinario extrovertido y mandón, no despegó los labios. Había que aceptar la evidencia: sus cálculos resultaban ser tan erróneos como inútiles sus medidas de emergencia. Las señales de apaciguadora connivencia destinadas a los sitiadores no habían tenido el menor efecto. Las preguntas de sus confusos y amedrentados seguidores quedaron sin respuesta. El ex policía miraba el vacío con ojos nublados: según testimonio de varios asistentes, su aliento hedía a aguardiente barato.

Fue el principio del fin. Privados de su jefe, los purificadores no sabían qué hacer ni a qué santo encomendarse. La vecina designó al fin entre pucheros a nuevos culpables: jeringuillas, condones, seropositivos, promiscuos. El cerco era un castigo del cielo. La gente había perdido el camino recto, su amoralidad y desenfreno clamaban venganza: muchas parejas vivían en estado de pecado, sin pasar por la sacristía!; las muchachas se vestían y comportaban como remeras —rameras, le corrigió con suavidad nuestro protagonista—; los jóvenes consumían drogas y frecuentaban espectáculos pornográficos!; no se podía salir a la calle sin topar con procaces invertidos! Un acólito de la Misión Evangélica «Salut et Guérison» la sostuvo con energía: sí, la señora tiene razón! Lo que nos ocurre es obra de la cólera di vina, como el fuego que aniquiló a las ciudades nefandas! El individuo cayó de hinojos para implorar misericordia, imitado poco a poco por los inquilinos aglomerados en la devastada escalera. Haciendo un penoso esfuerzo, la vecina se había arrodillado también y recitaba el Pater Noster y el Credo. A causa de los vidrios esparcidos, algunas penitentes sangraban. Un cura, que venga un cura!, gritaba, presa de histeria, la esposa del abogado. Una anciana fue en busca de un relicario y un frasco de agua de Lourdes. El precio de las estampitas con oraciones e indulgencias subió en flecha. Los moradores del inmueble hacían cola en el piso del contrabandista que las vendía y se las arrancaban de las manos. Letanías, salmos y golpes de pecho duraron toda la noche.

El obús había agrietado igualmente la firmeza de algunas familias: la peluquera del segundo casada con un árabe lo cubría de insultos y le conminaba a abandonar el piso. Los hijos de un matrimonio mixto lloraban de desconsuelo: sus camaradas de escuela les negaban el saludo y los llamaban sidosos. Un aguacero, que se colaba por cristalerías y ventanas, obligó de amanecida a exaltados y penitentes a interrumpir las preces: sus hogares corrían el riesgo de inundarse.

Pronto se iban á cumplir los mil y un días del cerco y ninguna Sherezada contaría su historia. Nuestro personaje escribía la suya pero no acertaba a encontrarle un final. Llevaba varios días dándole vueltas al tema hasta que recibió un auxilio inesperado. Alguien había conseguido el último ejemplar de la ' «Guía del Ocio» con una enumeración minuciosa del programa de los teatros, cines, salas de concierto, museos, exposiciones de artes plásticas, monumentos, paseos en golondrina por el Sena, restaurantes y cabarés famosos. Cada barrio merecía el honor de una rúbrica especial en la que figuraban señalados con uno, dos o tres asteriscos, en función de su interés e importancia, los lugares dignos de ser visitados así como una historia y descripción resumida de los mismos. La correspondiente al suyo, marcada con el cuadrado indicativo de que se desaconsejaba la visita, contrastaba con las restantes por su laconismo:

DISTRITO SITIADO.

TERCER SUEÑO

Recorres el barrio de punta a punta, presa de impotencia y tormento, en el secreto de su ruina inminente, de la irremisible devastación que se cierne con refrenada furia. Cómo convencer a tus conciudadanos de la catástrofe que se avecina, si nadie escucha ya a los profetas revestidos de harapos, pese a su verbo audaz y ejemplaridad ardiente? Buscas el ámbito en el que la locura pueda vagar a sus anchas hasta alcanzar las fronteras de la sabiduría y la santidad. La sociedad de bienestar aborrece tus excentricidades, desdén de las apariencias, sodomía enhiesta, exhibición pública de los vicios, hiriente afán de sinceridad.

Cómo sacudirla de su modorra y hacerle comprender que perteneces al gremio de los ocultos, cuya virtud impide que se derrumbe el mundo y cuya baraca guía al bienestar y la tolerancia? Debes imitar a Chiblí e incensar el rabo de un asno para indicar que todo es obra de Dios y digno en consecuencia de respeto y admiración?; recitar las máximas de Sidi Slimán Al Yazuli, con su elogio mordaz de la templanza y probidad del perro?; encaramarte al estrado de una feria, con aires de cuentista o payaso, como aquel cadí sevillano que abandonó bienes, familia y tierra para refugiarse en la pobreza e inocencia de los niños?

Qué importa si a causa de tu provocación estridente, imprecaciones acerbadas, conducta ajena a todo respeto humano, te tildan de mago, charlatán e impostor! Bebes aguardiente barato, aspiras el aroma de un trapo embebido de éter, muestras tus nalgas y piernas magras por unos rotos y descosidos que, no obstante su parecido a los que promociona una popular marca de téjanos, carecen de su toque de refinamiento, juventud y distinción! *Como un* malamati o kalender, rompes las suelas por los bulevares, escandalizas a los fariseos con tus incongruencias, apuntas a sus vidas de oronda autosuficiencia con tu índice descarnado y acusador. Eres un pobre epiléptico, según decían de Sidi Abderrahmán

Al Maxdub o has alcanzado como él la experiencia límite, el balbuceo del fulminado por la certeza de su misión?

Poco a poco, un núcleo de iniciados te rodea, sigue tus pasos alucinados, magnetiza y convoca a nuevos adeptos. El negro recostado al pie de la estatua de San Antonio ha remontado los efectos de la sobredosis y, con su gorra de visera, camina del brazo de la muchacha angulosa y seca que con tanta prontitud le desvalijó. Otros drogadictos, con las jeringuillas plantadas aún en las venas, desfilan tras ellos en silenciosa recolección. Siluetas frágiles, casi quebradizas, de víctimas del sida parecen transparentar la luz y sutilizarse. Inmigrantes ilegales, parados, indigentes sin domicilio fijo, se agregan en masa al cortejo con pancartas y consignas reivindicativas. Tullidos y lisiados por experimentos secretos del complejo militar-industrial denuncian el fundamentalismo de la tecnociencia. Fugitivos de la purificación étnica cifran los horrores de la tragedia en una ensangrentada bandera bosnia. Los ciudadanos bienpensantes huyen de la zona o se atrancan medrosos en sus viviendas.

Los manifestantes ocupan ya toda la calzada del bulevar. Pero, aunque agazapada y quieta, la ciudad no es vuestra: las sirenas de la policía ululan con violencia; fuerzas antidisturbios, provistas de cascos y escudos, os cortan el paso a derecha e izquierda, delante y detrás; gases lacrimógenos se mezclan con nubes tóxicas, que afectan las vías respiratorias y causan ceguera. Adonde ir si los helicópteros retumban hasta el paroxismo en tu propia cabeza?: bajar al metro, colarse en las entrañas del monstruo, desperdigarse en los recovecos del laberinto intestinal! Parados, mendigos, enfermos, drogadictos, se embocan por sus escaleras, invaden sus andenes, cruces y pasillos. Todos aguardan tus directivas, la enronquecida voz de los viejos profetas. Una visión te ilumina, con la inspirada concisión de un verso. Te desabrochas la correa, dejas caer los pantalones, expones la contundente desnudez del culo. Un ronco aullido aglutina la dispersión molecular de los reunidos: es el signo anunciado.

Eres, encarnas, sustancias, la figura inflamada del Defecador!

INFORME DEL COMANDANTE (IV)

La lectura y relectura de los manuscritos hallados en la maleta ocupó la totalidad de mi día de asueto. Me encerré en la habitación del alto mando de la Fuerza Internacional de Interposición y permanecí en ella a solas, ajeno a toda circunstancia de lugar y tiempo, perdido en un desierto de dunas movedizas en el que las pistas laboriosamente trazadas eran borradas de un soplo por el viento, dejándome sin balizas ni puntos de referencia en medio del cegador remolino de arena levantado por la tempestad.

Los diferentes relatos del difunto y desvanecido «J. G.», escritos en tercera persona aunque con frecuentes signos de la presencia de un narrador omnisciente, se centran en torno al asedio imaginario o real de una ciudad o barrio, sin conexión alguna con el poemario al que me referí en mi segundo informe sobre este enrevesado asunto.

Son obra de un mismo autor? Honestamente, no sabría contestar a tal pregunta. Uno y otros expresan obsesiones distintas, sin un común denominador aparente. Aunque en el parte enviado a la jefatura central del Ejército utilicé adrede una terminología adecuada a los principios y escala de valores castrenses, ésta no traduce en rigor mi manera de pensar ni mis sentimientos respecto de los versos.

A su modo, el autor de los relatos expresa también unos puntos de vista subversivos no ya tocante al tema sexual sino al nuevo orden político-económico mundial y sus calamidades. Las evocaciones del barrio parisiense en el que vive el personaje denotan un conocimiento cabal del mismo, impresión corroborada por la misiva destinada a «J. G.» a un apartado postal cuyo número concuerda curiosamente con el de la habitación del hotel en la que le atrapó la muerte y cuyas señas corresponden a la oficina de Correos descrita en uno de los cuentos. Esta suma de coincidencias e indicios, en vez de

poner por el buen camino a un investigador concienzudo como yo, lo descarría a cada paso. El narrador no es fiable y parece tender al lector una serie de trampas en las que inevitablemente cae antes de advertir que ha mordido el anzuelo y sido arrastrado al punto adonde le querían llevar.

Pero es el primer texto —en el que el protagonista escenifica su muerte segundos antes de que en verdad se produjese— el que elevó mis dudas a un estado de irremediable estupefacción. Cómo pudo reseñar el huésped de la habitación 435 sus emociones y vivencias del asedio y aludir a ellas en términos de escritura si fue barrido poco después del mundo de los vivos por la carga de un mortero?

La idea inicial de confiar los manuscritos a nuestra embajada en Z. para su envío a España por valija diplomática cayó por su propio peso. Los anacronismos y absurdidades contenidos en ellos embrollan todavía más el lance increíble de la desaparición del autor. Su lectura despojaría a mis ya inconsistentes informes de su pálida sombra de verosimilitud: todo el caso se transmuta en ficción y yo mismo en personaje ficticio!

Después de darle vueltas y vueltas al tema, he llegado a la conclusión de que será más prudente guardarlos bajo llave y poner entre paréntesis lo ocurrido, so pena de convertirme en el hazmerreír del Estado Mayor. Sólo un eventual historiador-compiler, en posesión de todos los elementos dispersos, podría ajustarlos con arte y paciencia, y devolverme de paso la arruinada credibilidad.

EL ENEMIGO MORTAL

Según una leyenda que había leído de niño, todo ser humano, en el instante mismo del parto materno, nace acompañado de su enemigo virtual. Este puede venir al mundo en un continente distinto, ser de otra raza y sexo, ver la luz en los antípodas del primero. Cada uno ignora la existencia del otro y el odio irreductible que les ata a menos que un malhadado azar los reúna. En tal caso, el reconocimiento será fulgurante y la confrontación mortal. El adversario oculto no cejará en su empeño hasta cumplir su destino: borrar de la faz de la tierra a su complementario y rival.

Al inicio del cerco, la leyenda permanecía sepultada en su subconsciente y no afloró a la superficie sino meses después. Su moderno y cómodo apartamento de la ciudad nueva, situado junto a la línea del frente, sufrió pronto el impacto de la artillería enemiga. El salón en el que recibía a las visitas —cuyas ventanas daban al río y los bloques de casas fronteros, guarida de los francotiradores— quedó destrozado. La onda de la deflagración desbarató asimismo la pieza vecina que servía de comedor y la dejó en situación precaria, expuesta a los ataques de lanzagranadas y morteros. Por fortuna, la tercera habitación —el dormitorio— salió indemne de la brusca y feroz acometida artillera. Sólo los cuadros cayeron al suelo y los volvió a poner en su sitio, tras barrer con esmero el corredor que atravesaba el piso de parte a parte y apilar los cascotes y escombros en la devastada oquedad abierta al vacío.

Creía, como sus vecinos, que la situación no iba a durar. La comunidad internacional no podía tolerar aquel asedio medieval con armas modernas al que, sin causa racional alguna, se hallaban sometidos. Así, imitando su ejemplo, conservó la sangre fría, se armó de paciencia e inició las tareas de limpieza y jardinería que le concedía su nuevo estatus de historiador en paro: la Biblioteca Nacional en la que investigaba el fondo de manuscritos árabes y otomanos había sido alcanzada por cohetes incendiarios y, salvo sus fachadas

neomorescas de la época austríaca, era un melancólico amasijo de ruinas.

Con ayuda de una azada adquirida en el mercado negro, arrancaba tierra de los jardines de la parte trasera del edificio y la subía al cuarto piso. Cubo a cubo, la extendió en el suelo del antiguo salón, lo transformó en huerto y plantó en él semillas de zanahoria y cebolla. Las regaba a diario, atendiendo con mimo su exigua pero confortadora cosecha. Desde la llegada de la Fuerza Internacional de Interposición, los bombardeos de artillería y armas pesadas eran menos frecuentes y los disparos sonaban de manera esporádica entre pausas de largo y engañoso silencio. Únicamente los francotiradores proseguían su faena sin trabas: los militares del mando multinacional, cuyas tanquetas circulaban justamente bajo su casa, no hacían nada para acallarlos.

El zumbido de un proyectil a escasos centímetros de su cabeza —cuando, acomodado a unas circunstancias de excepción convertidas poco a poco en rutina, regaba las plantas de su jardincillo al cabo de varios meses de espera— inauguró de manera abrupta otra etapa más dura e inquietante del cerco. Presa del susto, había soltado la olla con la que vertía el agua y buscado amparo en la pared de la habitación contigua. Alguien había disparado sobre él desde la manzana de inmuebles del otro lado del río. Cogió sus gemelos de campaña y, a través del agujero abierto por la explosión del obús en el tabique que separaba las dos piezas, enfocó una a una las ventanas de donde en apariencia provenía el tiro hasta dar con el cañón del fusil cuyo punto de mira apuntaba a su casa. Distinguió en la penumbra una cabeza cubierta con un pasamontañas: el francotirador permanecía al acecho del blanco elegido con un empecinamiento que le sobrecogió. Por qué precisamente él y no otro? Arrojó un cojín al pasillo, en la zona del piso abarcada por la mirilla, y el retumbo de la bala que de rebote se clavó en el techo le persuadió de la verdad de su corazonada.

El individuo con la ceja apoyada en el alza del arma le había escogido por víctima. Entonces surgió del fondo de la memoria la lectura infantil: se trataba sin duda de su enemigo mortal. La amenaza virtual se había concretizado: ahora estaba

a cien metros de él. El sitio de la ciudad les había puesto en contacto.

Pasado el primer momento de perplejidad, el descubrimiento fortaleció su afán de resistencia e instinto de vida. En vez de dejarse ganar por el desánimo como gran parte de sus vecinos después de meses y meses de vana espera en una hipotética intervención exterior, la certeza de la existencia de su enemigo mortal al otro lado del río se mudó en acicate. Debía conjurar la suerte, contrarrestar sus planes, celarle con la misma tenacidad y sigilo con los que le celaba a él.

Localizada la guarida de donde procedía el peligro, resolvió adaptar en función de ella su vida y movimientos. Durante horas, acechaba la emergencia del cañón del fusil y la cabeza enmascarada apoyada en el alza: era el programa y objetivo del día, su auténtica razón de ser. La extrema atención que merecía de parte del desconocido acabó por halagarle. Su enemigo mortal estaba día y noche a su servicio, le consagraba escrupulosamente su tiempo, como un amante solícito vivía pendiente de él.

A su estrategia de acoso, respondía con su estrategia de acosado. Trasladó su colchón del dormitorio a la pequeña habitación adyacente a la cocina en la que antes del sitio consultaba los manuscritos referentes a la vida de un oscuro santo marroquí y apilaba sus libros y diccionarios. Dividía el tiempo entre ella y la cocina, absorto en el cocimiento de las desabridas conservas distribuidas por las organizaciones humanitarias o en redactar versiones ficticias del cerco supuestamente escritas por un comandante anónimo de la Fuerza Internacional de Interposición.

Sabía que su enemigo mortal no renunciaba a su intento. En más de una ocasión, al asomarse desprevenido al pasillo a recoger un objeto olvidado en su ex dormitorio o a inspeccionar el estado del comedor tras el estallido de una granada en un inmueble cercano, el silbido de una bala le había devuelto de modo brutal a la realidad. Debía mantenerse constantemente en guardia: cualquier distracción podía costarle la vida. Para acechar a su acechador, tenía que correr de sopetón al ex comedor y apuntar desde allí a su guarida con

los prismáticos. Si su enemigo mortal estaba en su puesto, no le quedaba más remedio que aguardar agachado a que el cañón silente del arma desapareciera de la ventana: también él se alimentaba, defecaba y dormía. Ya no podía ir como antes a lo que fue su salón a regar el huertecillo: el fusil del francotirador disponía de instrumentos de visión nocturna, como verificó la noche en la que la olla que sostenía entre las manos le fue arrebatada por un disparo que le hirió en el pulgar y le obligó a tumbarse en la pieza contigua hasta que de amanecida, tiritando de frío, vislumbró por la abertura que, pasajera y sin duda, su enemigo se había ausentado.

El territorio que ocupaba en el piso se encogía como una piel de zapa. Sólo la cocina y el pequeño escritorio ofrecían un tenue semblante de seguridad. Pero la carencia de ventana en el último y el cese de suministro eléctrico le impedían trabajar e instalarse en él. Condenado a la inmovilidad, guisaba y escribía acurrucado en la cocina, aprovechando la luz que recibía de la fachada posterior del inmueble. Las velas con las que se alumbraba al principio del asedio y le permitían el consuelo de la lectura se habían vuelto no sólo un lujo imposible sino un cebo mortal. Las lucubraciones y fantasías en torno a su doble le acompañaban a lo largo de la jornada. Quién era, qué aspecto tenía, habían sido estampados ambos con una misma matriz? Cómo había presentado y encarnado la identidad de irreductible enemigo? La había descifrado en la lectura de los astros, de las líneas de la mano? O fue iluminado, como pensaba a veces, por una visión fulmínea, una anagnórisis teatral?

A momentos, creía ser víctima del autoengaño: vivir una escena producto de su esquizofrenia. Pero los disparos con los que el emboscado al otro lado del río le recordaba con regularidad su presencia disipaban al punto las dudas. Con una temeridad rayana en la irreflexión, corría por el pasillo hasta el escondrijo desde el que podía espiarle con los prismáticos y respiraba aliviado: seguía allí. El frágil hilillo de vida que les unía a través del frente y el río era su última y mejor garantía de continuidad.

Paulatinamente arrinconado, había limitado sus movimientos al mínimo necesario: el salto de la cocina al cuartucho y de

éste al retrete. Las incursiones veloces al comedor y su orificio de mirón, contrarias a la más elemental prudencia, eran su droga diaria: de ningún modo podía renunciar a ellas. Necesitaba cerciorarse de la firmeza de aquel amante celoso, de su vigilia devota y constante. Por espacio de días, avizoraba el cañón del fusil y la cabeza cubierta con el pasamontañas. Una duda le corroía: la situación de complementariedad en la que concordaban implicaba reciprocidad de sentimientos? Podía subsistir el uno sin el otro o eran sus destinos inseparables como pretendía la leyenda?

Fue la agudeza del debate íntimo la que le reveló por telepatía al francotirador su arriscado y obsesivo atisbo? O algún vecino suyo, cómplice oculto de los sitiadores, le hizo llegar el soplo mediante un código de señales secreto? Un centenar de disparos bien dirigidos a las grietas y hendiduras del tabique hasta acribillarlo de agujeros logró en todo caso el propósito: visibilizar y hacer imposible el acecho. Ningún muro le protegía ya del encarnizamiento de su centinela. Con una abrumadora sensación de derrota, se acogió a su mezuquino reducto: los pocos metros cuadrados del cuartucho y la inhóspita, desangelada cocina.

Permaneció allí varias semanas, sin escribir ni casi alimentarse, con toda la mente centrada en el misterio del implacable enemigo. Envejeció, perdió peso, dejó de lavarse. Su rostro empezó a resultarle extraño en el espejo, aquel espejo de mano en el que una mañana, finalmente, vio reflejado de pronto a lo lejos el bloque de casas del otro lado del río, la madriguera del francotirador, el brillante y diminuto cañón del arma, la cabeza apoyada como siempre en el alza segundos antes de su disparo, esta vez mortal y definitivo.

INFORME DEL COMANDANTE (V)

He decidido enclaustrarme en mi dormitorio de la residencia de oficiales y jefes de la Fuerza Internacional de Interposición: los violentos intercambios de fuego artillero en las inmediaciones del estadio olímpico y la lluvia de obuses procedentes de las colinas del otro lado del río no me conciernen. Lo que acaece es demasiado grave como para que pueda perder un tiempo precioso en zarandajas de partes escritos, misiones de rutina y rondas de observación. Mi presencia insignificante no alteraría el curso de los acontecimientos ni aliviaría la suerte de esta exhausta y martirizada ciudad.

Con la excusa de un fuerte proceso gripal me he quedado en cama, con las cortinas de la ventana corridas, inmerso en el ámbito de una oscuridad impregnadora y fecunda. Necesito recapacitar, poner un poco de orden en mis emociones e ideas. La sombra de «J. G.», de su venida y ocultación, del misterio que las rodea, es cosa ligera comparada con la turbación consecutiva al repaso atento de sus manuscritos. La pintura de los paisajes de desolación creados por el asedio; las fantasías crueles, premonitorias de la sociedad que nos acecha —esa «Sinfonía del Nuevo Mundo», como la califica con ironía mordaz—; la exposición detallada de su propia muerte en el lugar en donde le pilló la explosión del mortero, bastarían por sí solas para aturdirme y privarme de sueño. Pero la puntilla me la dio su último cuento, «El enemigo mortal»: la referencia precisa del personaje que lo protagoniza a su tarea de «redactar versiones ficticias del cerco supuestamente escritas por un comandante anónimo de la Fuerza Internacional de Interposición»!

Cómo incluir en la documentación destinada al Estado Mayor del Ejército unas páginas que ponen en tela de juicio el conjunto de mis informes y me convierten por contera en un ente ficticio, un ser de papel? Simple personaje mencionado

por el protagonista del relato de un supuesto autor desaparecido! La brutalidad del descubrimiento fue más allá de la incertidumbre: me desengendró.

En el vacío o desarrimo de estas horas muertas, sin rayo de luz que me atravesase, me aferró a las hojas del poemario titulado «Zona sotádica». Llevo horas enfrascado en ellas: su lectura me incendia y abrasa.

Todas las teofanías o imágenes censuradas a lo largo de mi vida familiar, educativa y castrense irrumpen en la tiniebla de la celda con el fulgor del apoderamiento: el verbo me conjuga.

Son visiones o toques concisos de una realidad superior? Demorará su luz después de la escritura?

ZONA SOTÁDICA

Entre la lista de haberes del comandante en su habitación casi monástica de la residencia de jefes y oficiales de la Fuerza Internacional de Interposición, encontré un cuaderno de tapas verdes con el título mecanografiado de «Zona Sotádica».

Una rápida ojeada al mismo permite concluir que fue censurado: una de sus páginas, arrancada de cuajo; otras, recortadas con tijeras. Los versos de dos poemas —pues se trata de un poemario— aparecen tachados con tinta de estilográfica al punto de resultar ilegibles. A trechos, en los márgenes de la plana escrita o en lo que queda de la página emborronada, hay apostillas de lectores ofuscados o del iracundo censor: «rojo», «sinvergüenza», «degenerado», «judío», «maricón» y otros epítetos y frases denigrantes, ídem, diversas glosas de florida erudición latina, obra a todas luces de distinto autor.

Busqué en vano entre los papeles arrojados a la cesta y los apilados en los anaqueles del armario las hojas o fragmentos expurgados del texto. Habrá que creer al ordenanza colombiano cuando asegura que vio al comandante tragarse unas páginas como, según la leyenda, hizo el autor del *Canto espiritual* al ser detenido en su celda por los Calzados? Ante la imposibilidad de establecer la realidad de los hechos y origen de las mutilaciones sufridas por el cuaderno —un verdadero contrabando textual—, le mando una copia de los escasos versos que escaparon al furor destructivo, así como los breves poemas finales que, por una razón que ignoro, permanecen intactos:

En el vacío o desarrimo de tantas horas muertas
(sin rayo de luz que me atraviere)
evoco las prendas del uniforme basto, humilde
cendal de tu disposición robusta.

(Pág. 2)

Fueron visiones o toques concisos de una realidad superior?

Su luz no demoró más allá de la escritura.

(El emjazní, pág. 3)

La siguiente hoja, suprimida en su totalidad, fue sustituida con otra, pegada al forro del pliego con una tira de papel adhesivo: mera reproducción latina del Credo, seguida de un párrafo del capítulo XIX del Génesis en el que se relata la aniquilación de las ciudades nefandas tras la visita de los ángeles a Lot y su familia.

Las planas numeradas 4, 5 y 6 corrieron mejor suerte. El escoliasta se limita a señalar: «peccatum contra naturam». Otro glosador, con diferente letra, satiriza las declaraciones de Monseñor Elias Yanes tocante a la falta de dignidad humana de los homosexuales y responde a la ortodoxia wojtiliana con una aserción que escandalizó a la Cristiandad hace más de siete siglos: «Quod perfecta abstinencia ab actu carnis corrompit virtutem et speciem»!

Sin óbice para el dictamen del grafólogo, me atrevería a afirmar que los glosadores fueron tres, a menos que el comandante hubiese amañado hábilmente (pero por qué?) su propia escritura. Mas no quiero perderme en digresiones y reproduzco a continuación los poemas intactos:

Imposible abarcar la magnitud del pecho.

Accedes a él de flanco, te internas en el follaje hirsuto.

Umbría, maleza, matorrales.

Bravío y montaraz el vello.

Boscajes de perdición fácil.

Cabezos ocultos en la algaida.

Todo inculto, en barbecho.

(Silvicultor)

Bulbos

enderezado, fungiforme el tallo
de sombrerillo o remate sanguino.

Genitivo esplendor.

Enjundia, racha espermática, fecundación.

Perplejidad

(azote de los santos).

Tragaderas anchas o verdad maciza?

(Guía de perplejos)

Zampas carnaza del anzuelo

(promesa de amargor).

Comulgas ciego.

Frente a ti, cimbreado
el reiterado enigma.

(Colofón)

Las sucesivas versiones, copias y cortes del poemario me inducen a pensar que cuanto material histórico llega a nuestras manos es puro celestinaje, tráfico y manipulación. Qué dirán los cronistas del cerco de esta ciudad dentro de quince siglos?²

MISIVA DE D.K. A S.O.S. SEFARAD

El comandante español destacado en esta ciudad —quien, como todos sus compatriotas del alto mando con sede en M. que a veces nos visitan, manifiesta simpatía y comprensión con la labor de la Sociedad Humanitaria, Cultural y Educativa Judía— me entregó en mano el sobre lacrado que vos depositasteis hace ocho días en el Ministerio. Hemos recibido también a través del puente aéreo la tercera partida de alimentos y fármacos que me anunciabais y esperamos la llegada de la cuarta en los próximos días a menos que, como sucede con frecuencia, los disparos de los sitiadores contra las pistas del aeropuerto obliguen a interrumpir los vuelos y agraven la lobreguez y penuria de nuestras vidas. En las presentes circunstancias, la solidaridad y vigilancia de S. O. S. Sefarad es más necesaria que nunca.

Desde el otoño y caída de las primeras nieves, la situación no ha cesado de degradarse. La ciudad no recibe ni una quinta parte de la ayuda indispensable. Seré franco y directo: la Comunidad Europea nos larga sus saldos y reservas invendibles de ropa y comida sin preocuparse con la prolongación del asedio. Los salvajes que bombardean desde las colinas y apuntan en sus mirillas a niños y mujeres quieren acabar con este Jerusalén chico como sus inspiradores de hace siglos acabaron con Toledo. Varias docenas de hermanos que se resistían a salir de aquí se han inscrito últimamente en el nuevo registro de candidatos a la evacuación. Ayer cayeron morteradas sobre el barrio: el día en que los artilleros afinen la puntería y tiren contra la cola de los medicamentos gratuitos de nuestra farmacia, la matanza será peor que las que, de modo pasajero e hipócrita, «conmovieron» a la opinión pública a comienzos del cerco. Dos ancianos de la comunidad fallecieron la semana pasada: uno de muerte natural y otro de un paro cardíaco consecutivo a la explosión cercana de una granada. Como sabéis muy bien, no tenemos siquiera la

posibilidad de ser enterrados conforme a nuestros ritos. El cementerio está en la línea del frente. Los sitiadores han cavado en él sus trincheras y lo han profanado.

En pliego aparte, adjunto la lista de hermanos inscritos en el próximo convoy de salida, con sus nombres, apellidos, edades y demás referencias personales. Idem, una relación pormenorizada de las medicinas que más nos urgen. Las reservas de harina, aceite y legumbres disminuyen peligrosamente y deberemos interrumpir la distribución de sopa si nuevos suministros no llegan a tiempo.

Tocaré ahora un asunto delicado y que me dejó perplejo: entre la documentación remitida tocante a la ayuda humanitaria y actividades de S. O. S. Sefarad figuraba un sobre con un remitente de nombre árabe. Lo abrí en la creencia de que se trataba de un informe de algún hermano de Marruecos para encontrarme con la sorpresa de tres escritos o «sueños» de tema esotérico, visiones mesianistas como la que cundió hace más de trescientos años en Esmirna entreveradas con astrología y alucinaciones eróticas ajenas a nuestra ortodoxia. Si, por un lado, entroncan con el sufismo popular magrebí, evocan a veces los poemas de Eliecer Ben Jonon y la fruición sexual ensalzada en los cenáculos cabalísticos del siglo XIII. Ignoro si el remitente o autor de los mismos —un tal Ben Sidi Abú Al Fadaíl— firma con seudónimo o es miembro asociado de nuestra comunidad.

Picado por la extrañeza del caso, aproveché ayer unas horas de calma para ir a la residencia de jefes y oficiales de la Fuerza Internacional de Interposición y allí me enteré de la triste noticia de la baja repentina de servicio del comandante y de su ingreso en el hospital de la base de la organización en Italia, no sé si por causa de enfermedad súbita o enajenación mental transitoria. Su partida, en cualquier caso, es una pérdida para nosotros, dada su extrema receptividad a los problemas y apuros de la comunidad. Ojalá comparta quien le reemplace sus convicciones solidarias y altruistas!

Os agradecería vivamente que requirierais información sobre Ben Sidi Abú Al Fadaíl, en cuyos sueños convergen de modo

insólito tradiciones místicas y paganas de los fieles de las tres religiones del Libro.

II. BEN SIDIABÚ AL FADAIL

1.

El día en el que ardió la Biblioteca, pasto del odio estéril de los cerriles lanzadores de cohetes, fue peor que la muerte. La desaparición de un ser querido, incluso del círculo familiar próximo, no hubiera sido para mí un trago tan amargo. El alma de la ciudad y más de veinte años de trabajo personal cifrados en aquel edificio partieron en humo. Desde la otra orilla del río, sin poder cruzar el puente por orden de los bomberos que inútilmente trataban de sofocar el incendio, asistí en agonía a la devoración por las llamas: lenguas de fuego que brotaban de las ventanas, crepitaciones del horno atizado por el viento, desplome de la linterna central, caída estruendosa de paredes y techos de habitaciones y salas de lectura abrigo de millares de manuscritos otomanos, persas y árabes. La rabia y dolor de aquellos instantes me perseguirán a la tumba: el tesoro destruido en unas horas comprendía obras de historia, geografía y viajes; filosofía, teología y sufismo; diccionarios, gramáticas y analectas; tratados de astrología, ajedrez y de música. El objetivo de los sitiadores —barrer la sustancia histórica de esta tierra para montar sobre ella un templo de patrañas, leyendas y mitos— nos hirió en lo más vivo. Nuestro pasado y memoria, mi propia vida de asiduo de los archivos en donde me documentaba y enriquecía las fuentes de mi investigación, fueron reducidos a cenizas. Ni la evocación obsesiva de la muchacha que, convertida en una tea, corría el primer día de la matanza aullando como los precitos en la gehena me sobrecogió con la intensidad de aquellas imágenes de ruina y desolación.

«Aunque queméis el papel, no podréis quemar lo que encierra porque lo llevo en mi pecho», decía un poeta y filósofo andalusí a los instigadores del auto de fe que condenaron su obra a la hoguera; pero, qué pecho podría abarcar la memoria de un pueblo entero? Todos mis cuadernos, fichas y glosas sobre las relaciones de las cofradías religiosas otomanas con sus hermanas del Magreb perecieron para siempre, inmolados en el altar de la despiadada ignición.

Hoy, la Biblioteca a la que ofrendé lo mejor de mi vida conserva únicamente la estructura hueca de sus cuatro fachadas ornadas de columnas, arcos de herradura, rosetones y almenas. La armadura metálica del techo por la que irrumpieron los cohetes parece una monstruosa telaraña, los soportales del patio interior muestran apenas su fina labor de yesería, el espacio central es una pila ingente de escombros, cascotes, vigas, muebles chamuscados. Los responsables del auto de fe quemaron esta vez el papel y lo que encerraba. Un humo tan espeso como el de las chimeneas de los campos de exterminio: historia esfumada en silencio, cielo cubierto de densas, ennegrecidas nubes alimentadas con las pavesas de nuestra extinción.

Los periodistas extranjeros y miembros de organizaciones humanitarias con quienes converso a diario merced a mi empleo provisional de recepcionista en el H. I. —tras la huida de parte de la plantilla durante el primer invierno del cerco— no pueden entender que nuestros sufrimientos sean menos físicos que morales. Si bien formo parte del núcleo de privilegiados que se alimenta a diario y recibe sus propinas en marcos, aun en el caso de que corriera la suerte de la mayoría de los habitantes de la capital, el pesar y desánimo que me corroen no provendrían de las dificultades de la vida cotidiana ni de la muerte que sin cesar nos acecha: nacen del derrumbe de un sueño, del hundimiento de una encrucijada de culturas y saberes, de la pérdida de una ciudad que vivió confiada y alegre hasta la asfixia mortal del asedio.

Cómo explicar a los corresponsales de prensa y bienintencionados intelectuales y escritores que a veces nos visitan que mi problema y el de muchos sitiados no se plantea en términos de dieta, cortes de electricidad y agua, ni siquiera de comunicación con el mundo exterior? Su compasión no cala en el germen oculto de nuestro tormento: la desolación interior, descuaje de la razón de ser, saqueo y aventamiento de nuestra memoria. Como dice mi buen amigo D. K., de la Sociedad Humanitaria, Cultural y Educativa Judía, con quien me asesoraba a veces, por su buen conocimiento del ladino y las versiones sefardís del romancero aclimatadas en los Balcanes, sobre el concepto de santidad popular en el Magreb,

«ya conocen, por desgracia, en su propia carne lo que nos cupo vivir cuando nos refugiamos aquí con el tesoro del *Haggadah*. Ahora somos iguales en la desposesión y desgracia».

Estas reflexiones, inspiradas por el cúmulo de incidentes y episodios novelescos de los últimos días, resultan con todo necesarias a su comprensión. Desconozco el contenido de los informes del comandante español de la Fuerza Internacional de Interposición, pero lo deduzco teniendo en cuenta mi intervención en el lance de la muerte y desaparición de un presunto compatriota suyo. Yo fui quien le escoltó al cuarto alcanzado por el disparo del mortero y protagonizó la comedia de la sorpresa en el momento en que descubrió el robo o escamoteo del cadáver. Diré de entrada que no actué en solitario: todo el personal del hotel, el forense y hasta el oficial despachado por el Ministerio del Interior de la Presidencia para esclarecer el misterio, colaboraron por acción u omisión en el engaño. Pero vayamos por partes y no empecemos la casa por el tejado.

El pasado 4 de enero, víspera del día más recio del asedio, se presentó en recepción un hombre de una sesentena de años, barbudo, vestido de verde y con una maleta de ruedas beis, que me saludó y se dirigió a mí en árabe. Entregó un pasaporte marroquí cuyo apellido me resultó inmediatamente familiar: Ben Sidi Abú Al Fadaíl, un santo de la capital almohade en el que centro mis trabajos de investigación perdidos en la Biblioteca. Su nombre propio, escrito también en la primera hoja del documento, era Yahya. Gratamente sorprendido por la coincidencia, le pregunté si descendía de aquél o disfrutaba de su baraca. Con un acento muy marcado de su país de origen, me dijo que vivía casi a su sombra, en una calleja cercana a la pequeña ermita en donde descansa: enfrente de un cine, añadió, que fue en su tiempo un mercado de esclavos. Aunque parecía agotado por el viaje —había recorrido a pie, con su carga, el peligrosísimo y largo trayecto que va hasta el hotel desde el túnel excavado bajo el aeropuerto—, mostró gran interés por mis referencias a su ciudad nativa y la devoción popular a sus Siete Santos. Le ayudé a subir la maleta al cuarto piso y lo dejé en la habitación tras asegurarme de que disponía de velas y lamparilla eléctrica. La cena es a las siete, añadí

desde el corredor. Fue la primera y última vez que le vi en vida.

De vuelta a recepción, hojeé el pasaporte a fin de registrarlo en el cuaderno de entradas. Mi impresión paulatina de amañó se fortaleció con un examen atento cuando el generador se puso en marcha. Fuese o no un documento auténtico, los datos escritos a mano cubrían en palimpsesto nombre y apellidos distintos. El timbre que estampillaba su fotografía en la tercera plana parecía igualmente forjado. Tampoco encontré el sello de entrada en ninguno de los países vecinos. Había podido cruzar las líneas del frente y eludir los puestos de control de bandoleros y forajidos sin que nadie lo detectara? Aun en el caso de tan improbable hipótesis, la razón del viaje a través del infierno de la guerra y purificación étnica constituía un enigma. Qué había venido a hacer a esta trampa humana, abarrotada de almas dolientes, un hombre como él, enteramente ajeno al conflicto? Era un doble o sosias del santo sepultado en la ermita o había acudido a buscar la muerte, conociendo su hora y lugar precisos?

Esperaba encontrarle en el comedor del primer piso, y no apareció. Estuve tentado de subirle la cena en una bandeja, pero abandoné la idea: seguramente dormía. Dejé el encuentro para el día siguiente y corrí como todas las noches, zigzagueando como una liebre que se sabe acosada por invisibles mirillas de visión nocturna, hasta mi guarida miserable de la ciudad vieja: un inmueble exterior calcinado, en cuyas entrañas se cobijan las víctimas del terror, sus atribulados conejillos de Indias.

El bombardeo de la artillería me pilló de mañana, de vuelta al hotel. Ileso, en el ábside de la inmensa cripta, escuché el estruendo de los disparos, primero en las cercanías y luego en este cascarón vacío que, como un búnquer, resiste al embate de la máquina de guerra enemiga, a su hostigamiento reiterado, pugnaz. Los cristales todavía sanos de la escalera cayeron con estrépito: era la bomba del comedor desahuciado. Segundos después, estalló otra en el cuarto piso, en la zona en donde se alojaba el verdadero o supuesto Ben Sidi Abú Al Fadaíl. Aguardé agazapado en recepción a que los artilleros se cansasen y mudaran de blanco. Con un colega universitario

adscrito a la contabilidad y uno de los soldados destacados para la vigilancia del hotel, subimos al cuarto alcanzado por el mortero. Un diplomático holandés, hospedado en otra ala del piso, se asomó también por desdicha a ver el destrozo y su intrusión malhadada, con gafas y pico de pájaro bobo, complicó, como vamos a ver, mis planes. Sin él, las cosas hubieran sido mucho más simples: ni mis amigos ni yo habríamos tenido que mencionar siquiera el cadáver! Pero, con su patosidad de zancudo, nos siguió a la habitación.

El viajero de la víspera yacía en el suelo, tendido bocarriba. Una curiosa expresión de serenidad iluminaba su rostro. La maleta beis permanecía cerrada, pero un pliego de hojas, sobre la cama, había escapado a los efectos de la deflagración. Me precipité a cogerlo: el título mecanografiado, «Astrolabio», iba seguido de otro, manuscrito: «A la sombra de Sidi Abú Al Fadaíl». Cómo expresar mi emoción cuando hojeé su contenido? Era como si me estuviera leyendo a mí mismo! Los versos coinciden literalmente con los reproducidos en mi tesis! Las manos me temblaban y detuve la mirada en la plana cuyo epígrafe reza: «Lectura de Sidna Alí en el patio de S. A. F.»:

Rememora los imperios en ruina, mansiones
devastadas, caducidad de la gente corrupta
cuanto hicieron mientras vivían y tenían fuerza
qué alcanzaron, de qué modo se perdieron, cómo
fueron inducidos al robo y abuso del débil
(el alma se les fue, se desalmaron).

Aunque puedan sentirse firmes en la cumbre, están
en realidad de camino
su pasado no existe
su presente desaparecerá.

Dónde se hallan quienes les precedieron en sus ansias de poder y riqueza?

qué ganaron al cabo en la vida?

cuál fue su contribución a la luz de la humanidad?

Avezado a la lectura de los maestros sufís y sus discípulos y morabos objetos de culto desde Mauritania a Uzbekistán, se me manifestaron de un ramalazo, como en una inspiración fulminante, los signos de su santidad. Las demás composiciones del poemario, así como algún texto de Sidi Ben Slimán Al Yazuli, me devolvían al núcleo central de mi estudio, al fruto de veinte años de investigación brutalmente talados. La urgencia de poner todo aquello a salvo sometió mi ingenio a prueba. So pena de ser despojado por segunda vez de cuanto confiere un sentido a mi vida, debía disimular el cadáver y las pruebas escritas de su misión. Mi colega universitario y el centinela —miembro, como toda su familia, de la vieja cofradía Nakschibandía— estaban de acuerdo conmigo. Rápidamente, tras despedir secamente al diplomático, convenimos en la necesidad de substraer el cuerpo de Ben Sidi Abú Al Fadaíl antes de que la policía abriera la encuesta y en forjar una nueva identidad al «desaparecido», con la ayuda preciosa de un hispanista y ex bibliotecario que sobrevive como puede al cerco en su madriguera a orillas del río, frente a los bloques de casas desde las que los francotiradores ejercitan a diario su puntería en esta «zona de seguridad» convertida en peculiar reserva de caza.

2.

Estaba dando los últimos toques a un cuento titulado «El Enemigo Mortal», inspirado en mi dura experiencia personal del cerco, cuando recibí la inesperada visita de mi colega y viejo compañero de emociones, descubrimientos y penas del centro de investigaciones de la Biblioteca, actualmente empleado, por su conocimiento de casi una veintena de lenguas, en la recepción del menesteroso e inválido H. I.

Nuestra amistad, fundada en afinidades e intereses compartidos, se remonta a más de tres décadas: los dos somos apasionados de lenguas e incluso trabalenguas. En los tiempos felices de la anteguerra polemizábamos en broma cambiando a cada rato de idioma: yo le hablaba, por ejemplo, en castellano y él me respondía en árabe; si yo le acometía en turco, su réplica me venía en farsí. La Biblioteca era nuestra querencia: allí discutíamos de lo divino y lo humano, pasábamos de la evocación del esoterismo de Ibn Arabi a la cadena iniciática de las cofradías otomanas, de la grandeza y decadencia del cuerpo de jenízaros y los cristianos renegados al servicio del sultán a las variantes del romancero ladino a lo largo de los siglos y la vida y milagros de los santos patronos y morabos de la medina de Marraquech. En nuestra condición de ficheros vivientes, nos reuníamos a la hora del cierre de la Biblioteca en una de las tabernas cercanas al río, acompañados a veces del músico D. K. de la Sociedad Humanitaria, Cultural y Educativa Judía y, con el estímulo puntual de una botella de vino, emulábamos en erudición y saber tocante al sincretismo religioso de los bektachís macedonios o los intercambios literarios y filosóficos entre el Magreb y Al Andalus en la época de los almorávides. A menudo, proseguíamos en la calle nuestras justas políglotas —nos gustaba viajar con las palabras de Arabia a España, rastreando, demos por caso, el periplo mediterráneo del término «kafir», «gavur», «gaurí», «guiri» en su acepción del infiel o cafre— y rematábamos las veladas, achispados y alegres, con una visita ritual al monasterio de Haxi Sinán, refugio de los cofrades kadirís durante la

persecución religiosa por los seguidores del pensamiento oficial.

Mientras a mí me ha tentado siempre la literatura, su gran amor ha sido la historia: preparaba una gran obra sobre los santos desconocidos o semiolvidados de la capital almohade y mantenía una activa correspondencia sobre el tema con los cronistas de esta ciudad. Su suerte es infinitamente peor que la mía. Yo conservaba en casa mis manuscritos y fichas, pero el incendio de la Biblioteca por los pirómanos que nos asedian consumió la totalidad de sus documentos y archivos: una vida entera trocada súbitamente en humo.

Aislados uno de otro a causa de los bombardeos y la saña de los francotiradores, nos vemos después del desastre muy de tarde en tarde. Salir de casa a procurarse leña o comida es una aventura en la que se arriesga el pellejo: o corremos a los puntos de agua y distribución de alimentos o permanecemos enclaustrados. Por eso, su incursión en mi barrio me llenó de alegría y sorpresa. El asedio de la ciudad no favorece ese tipo de visitas: de la larga lista de males que padecemos tal vez sea la soledad el peor castigo.

Mi amigo surgió como un aparecido de la penumbra de la escalera. La emoción nos fundió en un abrazo. Se defendía del frío y la nieve con unas botas de caucho y un grueso anorak en el que su cuerpo, endeble y seco, flotaba como un espantapájaros. Los sitiadores nos obsequiaban con un diluvio de obuses y las explosiones se sucedían a cada instante. Cómo se había atrevido a venir a mi casa, a doscientos metros del enemigo, sino por una razón grave y apremiante?

El: necesitaba hablar inmediatamente contigo y pedirte ayuda! Hoy es, para mí, el día más feliz del cerco!

Yo: estás tocado?

El: sí, tocado por la gracia, la suerte o como quieras llamarlo. Lo que perdí en el incendio de la Biblioteca ha vuelto a mis manos!

(Sufría de un arrebató de locura? Decidí hablarle paternalmente.)

Yo: bueno, cuéntame. En este cuchitril que me sirve de despacho estaremos mejor.

El: es algo fantástico! Sabes quién se presentó ayer en el H. I.? Uno de los santos sobre los que escribía mi tesis de doctorado!

Yo: creía que el más joven de ellos había fallecido hace varios siglos!

Él: Ben Sidi Abú Al Fadaíl!

Yo: será un descendiente suyo!

El: descendiente o reencarnación, qué más da? Lo importante es que forma parte de la silsilá, de la cadena iniciática! No sabes que la baraca es allí hereditaria?

Yo: se aloja en el hotel?

El: se alojaba!

Yo: se fue ya?

El: acaba de morir esta mañana! Un tiro de mortero dio de lleno en su habitación!

Yo: no estarás soñando?

El: también yo reaccionaría como tú si me encajaras esa especie de cuento! Mira el cuaderno con sus poemas! Lo trajo en la maleta y por eso he venido a verte! Hay que ponerlos a buen recaudo!

Fui a la cocina a prepararle una taza de café. El me aguardaba impaciente, junto a la mesilla en la que se apilan mis manuscritos, y, cuando volví con la bandeja, abrió una pequeña carpeta que sostenía entre las manos.

El: lee conmigo esta página! Ahora verás si estoy loco o cuerdo!

3. HOJA DEL ALMANAQUE

Del trabado cuerpo a cuerpo nocturno a la seriedad matinal, atento a la polifonía de voces que hienden el aire con la ceja del alba: plegaria del almuédano que traza la frontera entre la Noche luminosa de los místicos y el Mediodía Oscuro de un astro inmisericorde con los moradores de la ciudad. Ningún acontecimiento perturba la rutina de los ciclos solares, su reiterada y teatral majestad. Las teofanías de los Siete Hombres Santos forman parte de un paisaje interior: no son accesibles a los profanos. Los visitantes ignoran su historia secreta, matriz de otra historia: la invisible, espiritual.

Vas a la Plaza, el espacio vacío de la Plaza. Quienes duermen al raso se desperezan, abren los cafés, apuntan lábiles signos de vida. Doce horas después, cuando decline el sol y se desangre, los corros de curiosos que se hacen y se deshacen convertirán el lugar en un gran escenario cuyos múltiples argumentos y tramas varían de día en día.

Como el solitario en la multitud del que nos habla Ibn Arabi —para quien el retiro era el gentío y el desierto la plaza pública—, te acomodas en el café de la esquina, desde el que los mirones asisten de balde a la improvisada representación de sus vidas.

Con los fastos del Gran Mercado del Mundo, la Plaza fue alquitranada, acicalada, barrida y su público expulsado a escobazos: sabia anciana con afeites de novia o aruza. Pero el río de la vida recupera sus cauces: han vuelto los juglares, humean las cocinas, se acucillan las vendedoras de pan con sus sombrillas tutelares. Lo perdido en un lunes se recupera un martes. Ninguna disposición edilicia puede con el ingenio y la tenacidad. Qué mejor símbolo de su caducidad que el de los agentes uniformados a cuya cercanía se esfuman por ensalmo jerséis, pantalones, juguetes, gorros de lana, para reaparecer con igual rapidez apenas les dan la espalda? Autoridad que dibuja y se borra, no encarna la precariedad de todos los poderes? Xemáa el Fná es un antídoto saludable contra la

ficción de la historia: imperios y leyes supuestamente perennes y desvanecidos no obstante como pisadas de nómada.

En tu camino a la Plaza tropiezas por tres días consecutivos con un gato minúsculo, hambriento y abandonado. En vano has esperado el socorro de un alma caritativa: congéneres más aguerridos se disputan ferozmente las basuras, nadie se apiada de él. Al cabo, su orfandad te ablanda: el gatito pelón y sarnoso, marcado por el rigor de todas las desgracias, ha nacido sólo para sufrir? Le traes con cuidado un cuenco de leche, los restos de un estofado y observas sus cautelosos lengüetazos, masticación ciega, su experiencia primera de algo ajeno a la miseria y dolor.

Su imagen te ha acompañado en el retiro multitudinario, al atisbo del fértil y continuo ajetreo. De vuelta a casa, distingues sin sorpresa su cadáver sin pelo y canijo, pero con el vientre lleno: ha muerto, te dicen, de hartura. Una extraña sensación te galvaniza: durante unos minutos ha conocido al menos la dicha, su cuerpecito yerto justifica el acto que lo creó. La oración del crepúsculo impone silencio a la Plaza, callan tambores y crótalos, se recogen las aves, espacios rebosantes quedan repentinamente vacíos. Desde la terraza, asistes a la interiorización de la luz. Palpita el espacio lleno de vida oculta.

BEN SIDI ABÚ AL FADAÍL

4.

Me dejé contagiar por la locura de los gramáticos sobre la que diserta Erasmo. El contenido místico del poemario y nombre de su autor justificaban en verdad la excitación de mi amigo. Qué importaba que el tal Ben Sidi Abú Al Fadaíl fuera o no el auténtico, si su descendiente o doble había desafiado el horror del asedio y sacrificado su vida como prueba definitiva e irrefutable?

El último poema del pliego indicaba con certeza su engarce en la cadena iniciática de esos auliya que desdeñan las conveniencias, adoptan una conducta desenfadada y prefieren el desarrimo a la vida al apego a una vejez ingrata.

En loca carrera contra el tiempo

(granillos de arena ya escasos en el compartimiento superior)
multiplicas viajes, fugas, avances, orgasmos, peligros.

En busca del balazo que siega?

o de una escritura que te escapa y escurre también entre tus dedos?

Muerte y decrepitud te rodean.

Cómo evitar con dignidad la erosión?

Había que urdir inmediatamente un plan de ocultación del cadáver y su documentación amañada a fin de enterrarle en secreto entre los almocadenes y guías religiosos del

cementerio de Alifakovac. Podíamos contar para ello, dijo mi amigo, con la complicidad del personal del hotel así como de nuestro compadre F. K., el forense, asiduo, antes del cerco, de nuestra tertulia políglota. A medida que configurábamos el proyecto y la conversación se caldeaba, recuperábamos nuestra antigua inventiva y humor. Víctimas de este sitio medieval, tan parecido al que sufrieron los albigenses, decidimos responder, por nuestra cuenta, con la astucia, también medieval, de la diseminación de textos, cuando una gloriosa pléyade de amanuenses, memorialistas, intérpretes, monjes de escasa virtud y desbocados goliardos dispersaban por los monasterios y centros de saber de la época teorías, escolios, sophistimata, interpolaciones y apócrifos que minaban las certidumbres y dogmas de la Iglesia, la eterna aspiración del poder a centralizar el pensamiento a fin de reducirlo y domesticarlo.

Durante mi última estancia en España, adonde fui invitado al Congreso de Literaturas Comparadas reunido en Barcelona dos meses antes del cerco, un amigo muy íntimo, con quien comparto muchos gustos y aficiones no siempre confesables, me regaló un poemario adquirido en una librería de lance, asegurando con aire cómplice que su materia me iba a interesar. Según me refirió, los libros oficiales y confidenciales del archivo histórico del Hospital Siquiátrico de la plaza fuerte de M., en el norte de Africa, habían aparecido en un baratillo callejero de objetos usados y trastos viejos de un chamarilero de la ciudad. Los volúmenes en venta comprendían los datos personales, diagnóstico médico y registros de entrada y salida de un millar de enfermos allí recluidos durante la guerra civil y la implacable represión que la siguió. Los ingresados en el manicomio, muchos de ellos por razones políticas o desvío ideológico, eran incluidos en las rúbricas y clasificaciones de los siquiátricos como afectos de idiocia, debilidad mental, degeneración, homosexualidad, locura, melancolía intermitente y delirio de persecución. El señalado tan sólo por sus iniciales «J. G.» y calificado de «sodomita inveterado, perverso y esquizofrénico» había sido dado de alta en el centro el 19 de julio de 1936 y se había fugado seis meses más tarde, con ayuda de un áscari del Tabor, a la zona francesa del Protectorado, en donde las huellas de ambos, informan

escuetamente, se pierden del todo. El cuadernillo de poemas de tapas verdes, compuesto de seis planas correspondientes a textos de diferente métrica y extensión, mostraba en los márgenes las cicatrices y marcas de una categoría muy específica de lectores: exégesis y frases insultantes de los milites, siquiатras y capellanes, regidores de aquella cárcel siniestra disfrazada de hospital.

Introducir el poemario de «J. G.» en los autos desorientaría a los investigadores y les arrastraría a una pista falsa: bastaba con españolizar a Ben Sidi Abú Al Fadaíl y transmutarle en el desconocido autor de los versos adquiridos al chamarilero para que el asunto recayera de oficio en el comandante de aquella nacionalidad comisionado de asuntos civiles en el alto mando de la Fuerza Internacional de Interposición y lo extraviara en efecto en los meandros de un cambalache de textos minucioso y sagaz. Mi antipatía innata a los militares, fortalecida en los años de servicio obligatorio en el ejército de la Federación y de su enmedallado e incombustible Mariscal, se ha trocado en odio desde aquel inolvidable mes de abril de 1992 en el que, borrachos de cerveza y plegarias a su invicto San Sava, dispararon contra los ciudadanos pacíficos teóricamente bajo su protección: como en España en 1936, declararon la guerra a su pueblo y se cubrieron de honra con la sangre inocente de sus paisanos.

Había cenado una vez con el miles gloriosus en compañía de un internista navarro de Médicos sin Fronteras y su referencia discreta a los «beligerantes» y «partes implicadas en el conflicto» para soslayar la mención a sitiadores y sitiados, asesinos y víctimas, me sacó de mis casillas. De común acuerdo con mi amigo y colega, decidimos tenderle en prima una nueva trampa: junto al poemario de «J. G.» yo introduciría en el juego los relatos de mi propia cosecha referentes al cerco. La idea de su confusión nos llenó a los dos de dicha y nos felicitamos mutuamente en la veintena y pico de idiomas que conocemos. He olvidado la fórmula habitual en urdú!, se lamentaba él. Cómo se dice cojonudo en tamazigh? Hay que recobrar las palabras quemadas y ponerlas otra vez en circulación! Rescatarlas de sus cenizas y devolverlas al habla,

a la vida! Era como si el asedio hubiera cesado de pronto y discutiéramos como antaño en nuestra tertulia políglota.

Pero no había tiempo que perder. Empecé a seleccionar mis relatos mecanografiados, incluido aquel en el que aludo irónicamente a un comandante de la Fuerza Internacional de Interposición y sus partes ficticios, y embebidos del espíritu travieso de los viejos tiempos, convenimos en desglosar uno de ellos y dirigirlo a «J. G.» con las señas de un apartado postal del barrio parisiense en el que viví mientras escribía mi tesis. Nuestros presuntos salvadores no sólo se cruzan de brazos cuando los francotiradores matan a los chiquillos que escapan de los refugios para jugar en la nieve y se enriquecen trapicheando a costa de nuestro sufrimiento, sino que confiscan las cartas que los sitiados depositan en la recepción del H. I. para los huéspedes de paso dispuestos a servir de correo. Metódico y puntilloso como es, el comandante pesquisaría sin duda las sacas de la correspondencia incautadas en el aeropuerto en busca de rastros e indicios!

Entregué a mi amigo una bolsa con mis relatos y el poemario. Nunca le había visto tan exaltado como en aquellos momentos. Ben Sidi Abú Al Fadaíl soy yo y disfruto de su baraca!, decía. El diluvio de proyectiles había vaciado la ciudad, pero el riesgo de volver al hotel atravesando las zonas más expuestas no parecía inquietarle. No encuentro otro modo de describirlo: levitaba de felicidad.

La Biblioteca no ha ardido en vano, añadió al despedirse en la dudosa luz de la escalera. Sus pavesas cayeron en tierra fértil y ahora germinarán en la tumba del santo!

La beatitud nos invadía. A la fuerza salvaje del enemigo y su doctrina de las fronteras trazadas con sangre, opondríamos el arma perenne y sutil de los débiles: la dispersión seminal de sus voces, las variantes infinitas de la palabra!

5.

Con mis colegas del hotel y mi viejo amigo el forense, maquillamos convenientemente la habitación destrozada por el mortero. Dejamos el pliego de poemas de «J. G.» sobre la cama, pusimos en la maleta beis los relatos de mi compañero referentes al cerco —el quinto lo metí en un sobre dirigido a aquél, conforme habíamos convenido— y, aprovechando el vacío creado por el machaqueo artillero, transportamos el cuerpo de Ben Sidi Abú Al Fadaíl envuelto en una manta al ascensor de servicio que milagrosamente funciona gracias al generador. Este montacargas, cuya existencia ignoran los huéspedes de paso, baja directamente al sótano, en donde se apilan parte de los archivos oficiales de la República en unas habitaciones contiguas al sucio y destartado aparcamiento de coches. Esta vez el pájaro bobo no nos incomodó con su intrusión.

El difunto, velado por un soldado de la cofradía Kadiría encarcelado años atrás a causa de sus creencias, permaneció allí unas horas en espera de su traslado al cementerio de Alifakovac mientras mis colegas y yo capeábamos al comandante español despachado de oficio, tal como habíamos previsto, por el alto mando de la Fuerza Internacional de Interposición.

Impasibles, pero risueños por dentro, desempeñamos el papel que nos correspondía, adaptando nuestra conducta y gestos a los lances del descubrimiento de la desaparición del cadáver y la pérdida de sus documentos. Había que ver la cara del buen hombre, a quien maltrataba con un inglés cicatero, ante las sucesivas revelaciones escritas en el guión! El auto del forense y las declaraciones tomadas a quien erróneamente alude en su informe como «administrador interino» se prolongaron hasta bien avanzada la tarde. El centinela y mi cuñada —que trabaja conmigo en recepción y puso en seguro el pasaporte «extraviado»— corroboraron y rubricaron nuestras declaraciones. El comandante se mostraba

visiblemente perplejo: todo aquello desafiaba desde luego la lógica y el sentido común! Por fin, se retiró con sus suboficiales y los escoltamos a la tanqueta blanca estacionada frente a la puertecilla lateral del hotel. Quedó en que completaría la encuesta al día siguiente. En realidad, su ordalía no había hecho más que empezar.

En cuanto amainó el concierto ensordecedor de obuses y morteros, cargamos el cuerpo de Ben Sidi Abú Al Fadaíl en una furgoneta y viajamos por el tenebrario de la ciudad hasta el edificio muerto de la Biblioteca, el puentecillo que cruza el río, el camino que trepa y zigzaguea en la colina del cementerio. Aunque celada a trechos por las nubes, la luna nos acompañaba. Como Sidi M'hamed de Belcourt e Ibn Turmeda de Túnez, el oscuro santo de la capital almohade iba a descansar para siempre en dos tumbas: la de la ermita anónima del barrio de Kennaría y la más modesta —una simple estela con el nombre y las señas consignadas en el pasaporte— en nuestra devastada ciudad. El doctor F. K. se había ocupado de registrar los datos, de acuerdo al reglamento, en el depósito de cadáveres del hospital. Según me confió semanas después, las autoridades cubrieron con su silencio las complicaciones del tema, en el convencimiento de que el supuesto ciudadano marroquí había acudido a alistarse como soldado, no obstante su edad avanzada, en el cuerpo de fuerzas leales al Gobierno retratado por la propaganda fascista como «la espada emponzoñada del Islam en el corazón de Occidente».

Su muerte oficial fue así la de un mártir venido de un país lejano a defender a sus hermanos en peligro: emocionados, quebramos la precaria calma nocturna con la salmodia ritual de la Oración del Ausente.

III.	LA	TERTULIA
POLÍGLOTA		

A.

Tras la carnicería del mercado central ocasionada por un mortero —cuyo disparo fue atribuido como de costumbre por algunos portavoces anónimos de la Fuerza Internacional de Interposición a las propias víctimas del asedio a fin de atraer, insinuaban, la piedad del mundo entero y provocar así el castigo aéreo tan frecuentemente cacareado y jamás cumplido—, la situación de la ciudad mejoró. No hubo la intervención occidental esperada —God o Godot faltó a la cita, como en la obra teatral representada meses atrás a la luz de las velas en el descalabrado teatrillo de ensayo—, pero las piezas de artillería pesada con las que era bombardeada a diario fueron retiradas temporalmente unos kilómetros más lejos después de un intercambio de fanfarronadas entre sitiadores y el mando multinacional. S. amaneció un buen día sin la andanada habitual de obuses y granadas. Los habitantes salieron con cautela de sus madrigueras en busca de leña, comida y agua, sin atreverse a creer del todo en la lábil y precaria bonanza. Las colinas y montañas nevadas aparecían bruñidas y limpias, con una máscara de inocencia fingida. Hasta los francotiradores apostados en los inmuebles del otro lado del río manifestaban una moderación extraña y se abstendían de ejercitar su puntería en mujeres y niños. El sitio proseguía, pero la soga enroscada en torno al cuello se había aflojado. Magnánimos, los urbicidas dejaban engullir a los ciudadanos unas bocanadas de aire, al acecho del instante en el que una coyuntura favorable les autorizara a estrangularlos de nuevo hasta el jadeo y estertor final.

Aunque aleatoria y mezquina, la tregua devolvió un semblante de vida a la devastada ciudad. La gente continuaba empujando sus carretillas cargadas de bidones y hacía cola en los centros de distribución de alimentos, pero ya no atravesaba aterrorizada los cruces peligrosos ni se pegaba a las barreras de contenedores y vagones erigidas para su protección. Lentamente, reabrieron algunos cafés y los afortunados poseedores de divisas se reunían en ellos a evocar las

peripecias y horrores del cerco. La visita a los cementerios no era temeraria: los sitiados se aglomeraban en ellos a rezar y depositar flores en las tumbas de sus deudos y amigos.

Nuestros viejos conocidos emergieron también de sus respectivas guaridas. Como marmotas al cabo de un largo invierno, desafiaron el frío y la nieve que aún cubría las calles para juntarse en un café de la cochambrosa Avenida del Mariscal, guarecido bajo los arcos de una tronada puerta cochera. El local disponía tan sólo de una modesta lámpara de petróleo. Apiñados alrededor de sus mesas, los clientes, tocados con gorras y sombreros de piel, parecían más bien contrabandistas o conspiradores.

El historiador recepcionista del H. I. y el autor de los relatos que trastornaron al comandante resucitaron allí, primero a solas, luego con otros socios, su tertulia políglota. El mero hecho de haber sobrevivido a aquel infierno reforzaba los vínculos de su añorada complicidad intelectual. Poco a poco, se les agregaron otros compadres asiduos de la extinta Biblioteca, perdidos de vista desde comienzos del asedio. El doctor F. K., forense del hospital, acudía también en sus horas de asueto con el internista navarro de Médicos sin Fronteras. Tras veinte meses de pesadilla institucionalizada, reaccionaban a los acontecimientos con agudeza y humor. Inventaron de entrada diversos apodos a los responsables y comparsas del drama:

Slobo Globo

Milo Venusevic

Elvenus Milo-Chetnik

El Bardotirador

El Kara de Palo

Shakesnipear

El «limpia» étnico

El lord de los lores

El lord de los loores
Smile Made in Japón
Minus Major
Mittel-Rang
Le général Morcillón
Peter Peter-Cheap

y, a continuación, los traducían a todas las lenguas conocidas y orquestaban las variantes en una especie de esperanto jocoso y feroz. Era una manera de desentumir el cerebro, flexibilizar los músculos del ingenio, prepararse a resistir las nuevas pruebas a las que inexorablemente se enfrentarían. No obstante, su preocupación y ansiedad obedecían a causas distintas y, pasados los primeros días de euforia, afloraron como manchas de grasa a la lumbre del agua: la tertulia políglota se convirtió en una tertulia de detectives. Cada socio creía conocer una pista o poseer la clave del enigma. El vino de la costa corría a discreción: el recepcionista del H. I. asumía los gastos gracias a los marcos y dólares de los turistas humanitarios que, como decía con sorna, «vienen aquí de excursión, a compadecerse de nuestros sufrimientos y fotografiarlos».

B.

Quién era Ben Sidi Abú Al Fadaíl?

La pregunta me atormentaba y, conforme discurría en el misterio de su visita, las contradicciones y anacronismos acrecían, las dudas se multiplicaban y ahondaba mi perplejidad. En los meses anteriores al cerco había mantenido una correspondencia sobre su antepasado con los cronistas de la capital almohade. Los informes espigados por H. T. y Si M. K. acerca del santo —desaparecidos con el resto de mis documentos y escritos en el incendio de la Biblioteca— se distinguían por su escasez y parvedad. Los únicos versos que se conservan escritos de su mano reproducen los de su remoto maestro de Konya: *Sé esclavo, y pisa la tierra como el caballo. No quieras alzar te a hombros del pueblo y ser como el cadáver que llevan al entierro.* En unas analectas posteriores, probablemente apócrifas, el compilador anónimo elogia su crítica mordaz de los poderosos y destaca la insólita lección de humildad de defecar en público como muestra suprema de la igualdad de las criaturas y su sumisión al orden universal del Cosmos. Algunos adversarios de su doctrina le habrían denominado por esta razón «el Defecador» a fin de desacreditarle entre sus devotos, pero «él había aprendido a tragarse su orgullo y acendrar interiormente su perfección». Según los cronistas con quienes se carteaba, otros testimonios de sus coetáneos aluden a él de pasada, mencionan sus carismas y fama, pero sin referirse al contenido de su perdida obra mística.

El poemario traído por el difunto, era una transcripción modernizada de ésta o el fruto exclusivo de su imaginación? Las numerosas libertades tomadas con la cronología y las referencias no concordes con los datos y saberes de su época inclinaban el platillo de la balanza en favor de la segunda hipótesis. Los supuestos conocimientos latinos e hispánicos del autor no se ajustaban al perfil del morabo enterrado en la ermita de Riad Zeitún Al Yedid. Si la cadena iniciática podía

rastrearse hasta los malamadíes, alumbrados y visionarios próximos al esoterismo de Ibn Arabi y Mawlana, las citas de Plauto y del autor de *La Celestina* resultaban a todas luces incongruentes y absurdas: la ruptura con el sustrato histórico de osmosis y trasvases en el que surgió la cultura europea se había consumado dos siglos antes por obra de los renacentistas y la extinción paulatina del Islam occidental.

En mi aproximación intuitiva a la obra perdida del santo había escrito poemas que coincidían verso por verso con los copiados en el poemario. Así se lo dije a mi viejo amigo y colega hispanista atrapado durante meses en el cepo de su apartamento a orillas del río, sin lograr convencerle del todo. Puesto que los originales habían parado en cenizas, no serían mis evocaciones producto de una reconstrucción mental ulterior? La imposibilidad de cotejarlos con los de Ben Sidi Abú Al Fadaíl autorizaba desde luego su escepticismo. Pero subsistía el hecho, para mí innegable, de que yo me sentía del dolor de su escritura, los interiorizaba como propios, asumía su paternidad. Podía recitarle de memoria, por ejemplo, el titulado «Tenebrario», que había compuesto en mi desvanecida querencia de la Biblioteca en un estado de fusión —confusión, me corrigió él— con mi doble espiritual;

Fugaz centelleo de imágenes en fondo abisal.

La gracia del verbo te atraviesa, ilumina, devuelve
a tus sequedades.

Fulgores raudos, extintos apenas alumbrados,
causa de abatimiento y perplejidad.

Opacidad, desarrimo, cortedad del don.

Recorres, sin ánimo, páginas yermas de tu
diccionario.

Los que encabezaban el pliego correspondían asimismo puntualmente a lo que yo había escrito, guiado por una iluminación y el presentimiento: podía jurarle y rejurarle que no fabulaba ni era víctima de una alucinación! Con todo, él no daba su brazo a torcer y me quitó el cuadernillo de las manos.

Y éste? Lo compusiste también antes del asedio?

(Releí «Punto final» —que le había enseñado ya la mañana en la que descubrí el cadáver en la habitación del hotel— y, a redropelo, tuve que admitir que no.)

Escucha. Hay un Pseudo Sidi Abú Al Fadaíl como hubo un Pseudo Dionisio Areopagita! Tus manuscritos han sido manipulados!

Quién es entonces el árabe que los trajo y se puso en contacto conmigo? No me harás creer que el encuentro fue casual y no venía comisionado por alguien!

Alguien? Qué alguien? No están escritos nuestros destinos? Pregúntaselo a Dios o, si lo prefieres, al compilador del libro!

(El petróleo de la lámpara se consumió. Quedamos a oscuras. Mientras el dueño del tugurio reponía la carga alumbrándose con un mechero, mudamos prudentemente de conversación.)

C.

Las mismas dudas que asaltaban a mi colega tocante a la existencia y obra poética de Ben Sidi Abú Al Fadaíl, me corroían a mí respecto al autor de «Zona Sotádica».

Qué nombre se ocultaba tras ese enigmático «J. G.» encerrado en el Hospital Siquiátrico de M. por los militares golpistas a causa de su sodomía y perversidad?

Los versos, de una crudeza expresiva más próxima a la experiencia sadomasoquista de los adeptos al cuero que al pudor y nostalgia de un Cernuda o un Cavafis, podían haber sido escritos hace medio siglo y, más inconcebible aún, en el clima asfixiante de una plaza fuerte regida por curas y oficiales cuyos sueños de Cruzada y planes de salvación de la Patria se anticipaban a los que invocan hoy los asediadores para justificar nuestro exterminio?

Los datos a secas de su ingreso y fuga de aquel manicomio o cárcel de quienes milagrosamente escaparon al juicio sumarísimo y fosa común de los ejecutados en la limpieza, eran sus únicos puntos de referencia: todo lo demás permanecía envuelto en la bruma. Dónde y cuándo nació, qué profesión ejercía, quiénes fueron los áscaris y jayanes que enaltecía en sus versos, cómo logró huir y asilarse al otro lado de la frontera para desvanecerse al fin, sin huella alguna, con su amante y cómplice del Tabor? «J. G.» correspondían a sus verdaderas iniciales o habían sido pergeñadas con el propósito de confundir a los lectores acerca de su identidad? Las glosas latinas y exabruptos de los márgenes confortaban la sospecha de una manipulación: la actividad soterrada de una cáfila de amanuenses, glosistas, autores de interpolaciones y comentarios que se superponían e imbricaban para embrollar apostá el acceso al original. Había un Pseudo J. G., como había sin duda un Pseudo Sidi Abú Al Fadaíl? Me sentía como una mosca atrapada en la urdimbre de una finísima telaraña textual.

El internista navarro de Médicos sin Fronteras añadió nuevos elementos a esta incertidumbre: el cuadernillo de tapas verdes hallado en el cuarto del comandante en la residencia de jefes y oficiales de la Fuerza Internacional de Interposición no coincidía con el que yo había confiado a mi amigo y colega, recepcionista en el H. I. El comandante habría añadido nuevas injurias y tachado con su estilográfica los párrafos que le ofuscaban! Según su testimonio, los poemas iniciales fueron mutilados o arrancados de cuajo. Del titulado «El alfarero» sólo subsistían cuatro versos. De «El emjazní», dos. En cuanto a «Auto sacramental» —suprimido en su totalidad—, habría sido reemplazado con otra hoja con el Credo cristiano y unas líneas de la Biblia sobre el castigo divino a Sodoma. El comandante habría devorado los originales en un arrebatado de locura antes de caer en una catalepsia profunda y ser evacuado en secreto a una base militar aliada!

Pero la referencia del navarro a una glosa satírica a las declaraciones del actual presidente de la Conferencia Episcopal española y la reproducción, en nota a pie de página, de una tesis relativa a la ruptura del orden natural por la abstinencia sexual de los clérigos, condenada con otras 218 proposiciones heréticas por la universidad de París en 1277 —intercalaciones que no figuraban en el cuaderno que había llegado a mis manos—, extremaron mi desconcierto e incredulidad. Si la primera apostilla podía achacarse a la obnubilación o desdoblamiento de la personalidad del comandante, cómo compaginar los conocimientos de teología medieval y erudición latina con la figura de un simple oficial de carrera, alumno corriente y moliente de una típica Academia Militar?

A mi pregunta, formulada en una de las veladas de nuestra tertulia políglota, respondió con una broma ambigua: los filólogos somos capaces de todo! No olvide que el inventario de sus haberes fue obra mía —yo era el único compatriota que tenían a mano— y, desde luego, nadie me vigiló!

Aunque reímos de buena gana e intercambiamos chistes sobre las tribulaciones del comandante, mi impresión de que había hablado de veras se afianzó en cuanto reflexioné a solas. Si yo había colado tranquilamente mis relatos del asedio a

través de mi amigo recepcionista en la maleta beis del Pseudo J. G., quién me garantizaba que el pacifista navarro, impulsado por su horror al genocidio y la pasividad internacional, no había inscrito crípticamente su firma en una jugarreta similar?

Con todo, los problemas planteados por el poemario no acababan aquí: el cuaderno verde adquirido en el baratillo del chamarilero carecía de título! Estaba seguro de ello?, había preguntado mi amigo y colega el recepcionista con visible turbación. Como de ser quien soy, le dije: lo de «Zona Sotádica» había venido después. Mi certeza al respecto era absoluta y las circunstancias históricas la avalaban: si la obra de quien acuñó la expresión —Richard Burton, autor de un excelente relato de la peregrinación musulmana a la Meca— goza hoy de cierto renombre en España, resultaba en cambio perfectamente ignota en la época en la que fueron escritos los versos. La posibilidad de que «J. G.» hubiera tenido acceso a sus libros debía descartarse por nula. Si alguien tituló así el poemario fue con posterioridad a la mañana inolvidable del bombardeo y muerte de Ben Sidi Abú Al Fadaíl.

Para aclarar el enigma, interrogué al internista navarro mientras apurábamos el vino de los vasos antes de que el toque de queda diario dispersara a escobazos nuestra tertulia.

Fue usted o el comandante?

El, él, dijo. Le doy mi palabra de medievalista, doctorado cum laude en filología!

D.

Cuando aflojaron el cerco que nos asfixia a fin de ilusionarnos con los espejismos y trampantojos de una existencia normal, yo seguí aguzando el oído a la escucha de los latidos de la barbarie agazapada en las montañas en donde el mitólogo de numen poético y blusa de siquiatra afilaba, afila aún, su ensangrentado cuchillo de matarife.

Esta es mi clara ventaja sobre los demás: mientras los horrores de la guerra y purificación étnica les habían pillado de sorpresa, mis hermanos y yo revivimos vicisitudes que se remontan a siglos: diásporas, conversiones forzadas, autos de fe, estigmas de infamia, obra de un aguerrido clero matamoros y un populacho de sangre incontaminada cuyo odio al saber y las letras le inducía a enaltecer el analfabetismo como prueba suprema de su herencia ancestral! Nuestra expulsión y erranza, primero por Italia y luego por la costa dálmata, debían hallar un término en esta ciudad otomana, hospitalario y feraz crisol de culturas. Aquí llegamos con nuestro precioso *Haggadah*, tesoro tantas veces exiliado y oculto, símbolo de la fe milenaria, de la incurable nostalgia de nuestro hogar perdido. La experiencia nos ha enseñado que ningún progreso de la civilización es durable, que el exclusivismo e intolerancia la minan por dentro, que pogromos y limpiezas étnicas se repiten. Formas de convivencia, bienser y espiritualidad de apariencia sólida pueden desplomarse de súbito. Así ocurrió en Sefarad para mayor gloria de sus Majestades Católicas; así sucede hoy en este martirizado y agonizante Jerusalén chico.

Apenas recuperé la libertad de movimiento, confiscada con tantas otras cosas por quienes nos rociaban a diario con un diluvio de obuses, mi primera visita fue a los despachos de la Presidencia en donde el vicerrector de la universidad me comunicó de forma oficial que el *Haggadah* había sido milagrosamente preservado de las llamas que destruyeron el Museo en el que lo escondían. Nunca he sentido tanta emoción ni seguramente volveré a sentirla: el manuscrito, salvado de

los nazis por nuestros amigos musulmanes, había escapado una vez más al fuego de quienes pretenden vengar afrentas de siglos —la pérdida del reino frente al Turco, la muerte del príncipe Lazar, la derrota del Campo de los Mirlos— ensañándose en un patrimonio que desmiente sus fábulas! Un profesor de la universidad había identificado el libro en los sótanos del edificio y permanece desde entonces a buen recaudo en una caja fuerte del Banco Nacional.

Mi alegría, y la de nuestra minúscula comunidad, desafía su expresión escrita: lloramos, rezamos, nos abrazamos, pasamos de la sequedad y angostura al ardor de la auténtica y perdurable consumación.

Había perdido enteramente de vista a los amigos de la tertulia políglota y quise transmitirles la buena nueva. Según oí decir a un cooperante de la Benevolensiya, se reúnen ahora al atardecer en un cafetín cercano al mercado cubierto y resisten allí con las armas sutiles de la erudición y el humor a las penurias y lobreguez del cerco. Me saludaron en todos los idiomas conocidos y algunos que ignoro: en castellano y hebreo, turco y yídish, árabe y esperanto, felices de tenerme con ellos y comprobar que seguíamos vivos. Luego alzamos los vasos en un brindis en honor al *Haggadah*. Algunos depósitos de nuestra memoria común habían sido salvados de la barbarie: el Kara de Palo o Palé no se ha salido del todo con la suya!

La conversación recayó al fin en el comandante español de la Fuerza Internacional de Interposición y su baja repentina del servicio. El investigador de la santidad popular magrebí y el narrador atrapado durante meses en su apartamento frontero al río me pusieron al corriente de la visita y muerte de Ben Sidi Abú Al Fadaíl y la sustitución de su identidad y manuscritos. Yo les escuchaba en silencio mientras discutían de la poesía inspirada en el santo, del enigmático «J. G.» y de sus versos. El tema central del poemario —de un homosexualismo sin trabas— parecía avenirse al del «Primer Sueño» que me entregó el pobre comandante con el correo de S. O. S. Sefarad. Aunque el sobre venía de forma anónima, se trataba de un descuido del remitente: en respuesta a mis preguntas, el secretario de la Asociación hermana precisó que su carta

introductoria se había traspapelado e iba dirigido, a instancia de un conocido suyo, a nuestro contertulio narrador e hispanista. Mis palabras conmocionaron a los reunidos: el interesado pero asimismo el historiador de Sidi Abú Al Fadaíl e incluso el joven internista navarro de Médicos sin Fronteras daban muestras de ansiedad y desconcierto. Después de un intercambio de miradas cuyo desamparo me confundió, el primero asió el toro por los cuernos.

El: si no le he entendido mal, dice usted que el destinatario del sobre soy yo.

Yo: exactamente. Su contenido se compone de tres «Sueños» escritos en segunda persona con alusiones al cerco, profecías apocalípticas y visiones del Otro Mundo.

El: los conserva aún?

Yo: desde luego! Había pensado en traerlos aquí conmigo pero no estaba seguro de dar con usted.

El: recuerda si llevan nombre de autor?

Yo: vienen sin firma! El remitente afirma ser un viejo amigo suyo en cuyo domicilio se hospedó durante el último Congreso Internacional de Literatura Comparada en vísperas del sitio. Desea conocer su opinión sobre ellos y un poemario que, al parecer, le regaló durante su visita. Por cierto, el título encierra una alusión a Sotades, el poeta griego, bardo del amor a los bardajes, si me excusa el retruécano!

El: «Zona Sotádica»?

Yo: usted lo ha dicho!

Un silencio afilado cortó de un tajo la plática de la tertulia. Había mentado la sogá en casa del ahorcado? Mi colega se atragantó y hubo que darle un vaso de agua que, si le permitió recobrar el aliento, no consiguió arrancarle de una tensa y empecinada mudez. En cuanto a su amigo, el cronista de Sidi Abú Al Fadaíl, se eclipsó por las buenas: creíamos que estaba en el lavabo, hasta que el dueño del cafetín nos aclaró que, tras abonar las consumiciones de todos, se perdió en la nocturnidad de las calles solitarias y sin alumbrado.

E.

Al principio, la impresión de dominar las reglas del juego destinado a borrar las huellas del escamoteo de Ben Sidi Abú Al Fadaíl y su suplantación por el Pseudo J. G. —a fin de desorientar al comandante español y conducirlo a las arenas movedizas en las que se debía hundir— nos llenaba a mi colega y a mí de satisfacción. Víctimas de la brutalidad de la Historia, nos vengábamos de ella con nuestras historias, tejidas de ocultaciones, textos interpolados, lances fingidos: tal es el poder mirífico de la literatura. Habíamos extraviado al representante del mando multinacional, cuyo doble lenguaje y cinismo contribuyen a perpetuar nuestra desdicha, en el laberinto o jardín de los textos que se bifurcan y ramifican hasta tejer un bosque. Cumplido el papel que maliciosamente le atribuíamos, el desnortado comandante había naufragado como un buque a la deriva hasta perder el juicio y dejar de actuar. La baja del servicio por dolencia, arrebató o enajenación mental fue un alivio para todos: su presencia, engorrosa e inútil, nos estorbaba. Los trujamanes y apuntadores de la obra no le necesitábamos ya.

La idea de mi amigo y colega de introducir en la trama forjada el poemario de «J. G.» y sus propios relatos, aunque excelente a primera vista, contenía con todo las premisas de una serie de fallas geológicas y sacudidas sísmicas que, como advertí enseguida, ponían en tela de juicio la base de mis investigaciones y escritos en torno a Sidi Abú Al Fadaíl. Si algunos poemas de éste se hallan en perfecta consonancia con mi reconstrucción intuitiva de ellos, otros adolecen de incompatibilidad manifiesta y desmienten su paternidad. Al ya mentado «Punto final» y referencia anacrónica a Plauto y *La Celestina*, se agregaba algo más grave: una composición erótico-mística, de largo epígrafe latino, cuyos primeros versos me desbarataron:

Leñadores, albañiles, guardias, áscaris, luchadores,
hijos agrestes de la zona sotádica.

Hojeo el álbum de vuestras instantáneas
difuminadas, marchitas.

Cómo podía el auténtico o Pseudo Ben Sidi Abú Al Fadaíl remitirse a los poemas de «J.G.» y apropiarse de su cuidadosamente acotada «Zona Sotádica»? Se me desprendieron las hojas igual que a un viejo árbol. Qué diría mi amigo, receptor del manuscrito vendido de baratillo, a la vista de estos versos? La idea de sus sarcasmos respecto a mí y a mi santo me concomía y decidí cortar por lo sano: censurar el poema, encerrarlo bajo llave en un cajón de mi maltrecho y oscuro apartamento. Bruscamente, descubrí que no dominaba el juego, que sus reglas se me escapaban y otro —quién?— jugaba conmigo como yo había jugado con el comandante. La sensación de ser espiado por encima del hombro y manipulado a distancia me privaba de autonomía, sustancia y credibilidad. Si yo no era sino uno más entre los múltiples hilos del tema, quién desempeñaba el papel central?

La aparición de D. K., secretario de la Asociación Humanitaria, Cultural y Educativa Judía, en la tertulia políglota me asestó el mazazo definitivo. Mi reconstrucción laboriosa de la vida y obra del oscuro santo magrebí incluía la mención de su frecuente ejercicio de humildad de defecar en público y he aquí que el mesías o imprecador del metro de los cuentos de mi amigo inspirado directamente en él —deuda reconocida por escrito en un billete que hizo llegar a mis manos— surgía a su vez culiabierto en uno de los «Sueños» anónimos remitidos a D. K. por S. O. S. Sefarad!

Huí de la tertulia, temeroso de ser objeto de burlas y preguntas incómodas, y me refugié en la cripta del hotel. Mi cuñada y colaboradora de conserjería y caja, a quien confié mis cuitas, aprovechó la ocasión para ajustar las cuentas con mi colega, a quien reprochaba, con razón, su misoginia y la referencia malévola en el primer relato a su «mirada vidriosa y

oblicua», siendo así que ella se enorgullece muy al contrario de los ojos serenos y claros con los que seduce a cuantos la rodean. Su intervención en el asunto, pretendía, no había sido de utilidad alguna y había acarreado tan sólo enredos y complicaciones. Del mismo modo que se sirvió de tus investigaciones sobre el santo para inventar la figura del Defecador, dijo, ahora se aprovechará del embrollo en el que te ha metido para fabricar un nuevo cuento a costa de tu despiste y credulidad!

La dejé despotricar contra él y su manía de escribir sobre todo entremezclando realidad y fantasía y subí al cuarto piso a examinar los escombros, ahora barridos y apilados, de la habitación 435.

Esperaba vagamente un milagro —la reencarnación o teofanía del desaparecido— pero, para desconsuelo mío, Ben Sidi Abú Al Fadaíl no acudió esta vez a la cita.

F.

A las revelaciones e incidentes que sacudieron los cimientos de la tertulia, se sumó una última y decisiva calamidad. Desde hace tiempo, diversos miembros de la Presidencia y Gobierno denuncian regularmente al alto mando de la Fuerza Internacional de Interposición los manejos de algunos militares expertos en toda suerte de tráficos: abusando de su prepotencia de árbitros, participan en el contrabando de alcohol, cigarrillos, droga y venta de iconos y retablos en colusión con la mafia local. Un puñado de milites del contingente ucranio se distingue por su destreza y descaro en labrarse un futuro brillante a expensas de los trescientos mil inocentes atrapados como animales en la ratonera de la ciudad: esa gran cacería, diariamente filmada, con obuses, granadas y balas de francotiradores que los llamados negociadores onusianos y comunitarios califican de «lucha de facciones» y «guerra tribal»!

Entre los objetos vendidos en el mercadillo callejero de la decaída e indigente Avenida del Mariscal, habían aparecido manuscritos salvados del incendio de la Biblioteca así como libros raros y de inestimable valor que, pasados en fraude a los países que hoy nos vuelven la espalda y cierran los ojos a la magnitud del crimen, alcanzan precios elevadísimos en manos de coleccionistas y libreros ajenos a toda ética y pundonor. Aunque los hechos acaezcan a la luz del día, las redadas de la policía no consiguen cortar el trapicheo: sus informadores, maestros en el doble juego, previenen a los barateros de la fecha y hora de la incursión.

A comienzos de la primavera, cuando los sitiados salían en masa de sus refugios y madrigueras a respirar un poco de aire puro y disfrutar de la tardía benignidad del clima sin temor a la habitual lluvia de proyectiles venidos de las montañas, un asistente ocasional de la tertulia políglota, escritor sin talento, obeso aún no obstante haber perdido más de treinta kilos a lo largo del cerco, se presentó de improviso en ella con una

indescifrable sonrisa y, luego de saludar a los reunidos, puso muy ufano en la mesa su gastada cartera de piel. Célebre por su lengua retráctil y dotes de correveidile, profesa un odio mortal a nuestro viejo conocido narrador e hispanista, autor de los relatos insertos en la primera parte del libro: corroído de envidia, no pierde oportunidad de criticarle y poner en solfa su probidad y talento. Con la seguridad de quien oculta el as del triunfo en la manga, aprovechó una pausa de los reunidos para carraspear.

Bueno, pues había salido tempranito a dar una vuelta y aprovechar ese simpático solécillo que hoy nos calienta, cuando se me ocurrió asomarme al mercado de libros de lance y objetos usados, y figúrense cuál sería mi sorpresa al dar de pronto con unos cuadernos interesantísimos que me apresuré a comprar por el precio de dos marcos!

(Abrió la cartera de piel y aguardó unos segundos antes de encararse con nuestro narrador, con el ojo seguro del tirador que apunta directamente al blanco.)

Un ejemplar no censurado del poemario de «J. G.» y cinco relatos de mi dilecto amigo y veterano compañero de empeños que, según el baratero, adquirió en el saldo de los haberes de un ex jefe de la Fuerza Internacional de Interposición! Relatos que, a juzgar por su lectura a vuela vista, ofrecen algunas curiosas variantes respecto del original, a menos que (y aquí su sonrisa se extendió a la totalidad de su rostro, tiñéndolo de una falsa dulzura) a menos que, repito, se trate de lo contrario: de que el original sea éste y el texto de nuestro amigo una simple labor de copista, de un plagiaro corto de inspiración! Como el cotejo sería largo y penoso, les cedo el honor de formar un tribunal de deontología, encargado de dilucidar la autoría de los cuentos y poner en picota a su falsificador!

El aguafiestas se despidió con la agrietada sonrisa medio descolgada de los labios y escurriendo por sus comisuras entreverada con una rezumante baba de satisfacción: sabía que su intervención había dado la estocada a los contertulios y ponía cruz y raya a sus disquisiciones en torno a la paternidad de los poemarios, esa cadena de incertidumbres y sospechas que paulatinamente les descreaba y sumía en la irre realidad.

Nuestros viejos conocidos y sus colegas permanecían aturdidos, incapaces de enfrentarse al nuevo desafío, y alguien sacó a relucir, para alivio de todos, un cuento de Voltaire.

Os acordáis de aquel pasaje de *Candide* en el que cuatro o cinco reyes destronados coinciden por azar en la posada de un país remoto, ignorante cada uno de ellos de la oculta majestad de los otros? En el curso de los lances y envites de una partida de naipes descubren su asombroso parentesco y se maravillan por turno de lo insólito del encuentro! Pues bien, aquí sucede algo igual! No es verdad increíble que todos seamos a la vez investigadores, cuentistas, poetas, falsarios y manipuladores de textos? Cómo explicar racionalmente ese cúmulo de coincidencias sino por el hecho de que, víctimas de un asedio que años atrás hubiéramos juzgado impensable, nos hemos convertido en personajes de una Historia impuesta? Alguien —los señores de la guerra y sus cómplices— escribe el argumento y nos maneja como títeres desde su atalaya! La realidad se ha transmutado en ficción: el cuento de horror de nuestra existencia diaria!

El cercano estallido de una morterada de advertencia que por fortuna no causó víctimas —disparada «accidentalmente» por los sitiadores conforme a la consabida versión del mando multinacional—, dispersó a los socios de la tertulia políglota: como insectos nocturnos sorprendidos por una luz intrusa, corrieron a guarecerse en sus refugios y no se volvieron a congregarse.

IV. CARTA ABIERTA DEL COMANDANTE A LA DIRECCIÓN DEL CENTRO SIQUIÁTRICO MILITAR

En circunstancias como la actual —este régimen de privación de libertad al que desde hace semanas me hallo sometido—, el ánimo del supuesto paciente, confrontado a la vez a sí mismo y a los límites impuestos por la autoridad médica, le induce sin necesidad de colaboración ajena a volver y remover en las cenizas de su pasado en busca de respuestas y aclaraciones a las preguntas que se plantea.

Desde mi baja del alto mando de la Fuerza Internacional de Interposición, traslado a la base militar aliada de A. y hospitalización en el centro siquiátrico de N. dependiente del Ministerio de Defensa, he vivido en un estado de regresión, de retorno seminal a episodios de la infancia y escenas de familia que creía sepultados. Es como si un cataclismo hubiera sacudido las zonas enterradas de mi vida y las hubiese hecho aflorar a la superficie, facilitando así mi trabajo de arqueólogo. Las ruinas de un país y un hogar víctimas de una guerra fratricida y sangrienta están ahora a la vista: heridas elocuentes, acusadoras, todavía sin cicatrizar. Con una mezcla de melancolía e indignación, vagabundeo obsesivamente en ellas.

Nacido en 1946, en la guarnición militar de T., viví allí alrededor de diez años hasta la brusca independencia del país y abandono de nuestra zona de Protectorado. Infancia tranquila en un ambiente tradicional y castrense, estricta formación religiosa y patriótica en clases presididas por el crucifijo y los retratos del Generalísimo y del Ausente. Mi padre me llevaba a veces al cuartel del regimiento en el que servía y recuerdo la ocasión en la que presencié, saludando también desde la tribuna, el desfile de la tropa: legionarios, regulares, soldados de oficio, cuantos habían contribuido con su arrojo y

abnegación al triunfo de «la Cruzada». Mi destino se decidió entonces de oficio, sin mi opinión ni consentimiento: sería oficial en consonancia con el linaje paterno; pasado el bachillerato, ingresaría en la Academia General Militar.

Mi madre había sido una mujer de gran belleza: culta, delicada, lectora voraz de novelas y libros de poemas, no frecuentaba a las esposas de los demás oficiales y jefes ni participaba en sus veladas y fiestas benéficas. Luego, oí decir que aquéllas achacaban su reclusión a los celos y afán de posesión de mi padre. Hoy me inclino a creer que este régimen de semiclausura fue obra exclusiva de ella. Casada por razones que ignoro con un hombre de un medio y aficiones en los antípodas de los suyos, había logrado preservar con suavidad y paciencia una pequeña parcela de autonomía en el mundo pacato y cerril de la casta militar africana. Los libros y el cuidado de su único hijo —otros dos hermanos míos, mayores que yo, fallecieron de sobrepeso con anterioridad a mi nacimiento— absorbían sus jornadas sin ceder jamás al tedio. El mundo ideal de sus lecturas y los ratos que pasaba a solas conmigo ceñían su jardín secreto: nadie sino yo podía penetrar en él.

Aunque conservo raras fotografías tuyas en la espaciosa villa que ocupábamos al pie de la montaña, recuerdo la expresión de alegría con la que me acogía en sus brazos a la vuelta del colegio de religiosos en el que me educaban. Con ella, presentía la existencia de un mundo al que por desdicha nunca tendría acceso: el de una cultura, sensibilidad y afectos evacuados cuidadosamente de las aulas. Reunidos con mi padre, el orden exterior se imponía. Pero las incursiones furtivas a su gabinete fueron sin duda los momentos más luminosos de mi niñez.

Allí, en aquella habitación con las paredes tapizadas de libros, le oí pronunciar por vez primera, en conversación con una prima venida de visita desde la Península, el nombre de mi tío Eusebio. Susurraban las dos, para que no captara sus palabras, y mi madre lloró. Debí de preguntarle por qué, pues se enjugó las lágrimas y las atribuyó al calor. Luego, mientras yo fingía dormir en el pequeño sofá de la pieza, colecté las semillas dispersas de sus confidencias que, cuarenta años

después, durante mi destino temporal en el alto mando de la Fuerza Internacional de Interposición, germinaron de súbito en mi conciencia. Frases, jirones de frases, primero de ella y luego de mi padre, no sé si en el gabinete, su dormitorio o el salón: alusiones a la detención de tío Eusebio el día del Alzamiento, amenaza de un juicio sumarísimo, me arrodillé a sus pies, supliqué y supliqué como una loca, sólo tu intervención puede salvarle, si le dan el paseo será como si me lo dieran a mí, siempre te dije que acabaría así, rojo, poeta y maricón, te das cuenta?, hazlo por mí, por amor de Dios!, el deshonor y vergüenza de la familia! Qué pasó con tío Eusebio, le pregunté días después cuando, reclinado en su pecho, disfrutábamos los dos de la quietud y hechizo de su refugio. Tu padre le libró del pelotón de ejecución y lo encerraron en un manicomio del que se fugó más tarde, mostró ser un hombre de palabra, un acto de gran valor en aquellas circunstancias que le agradezco y agradeceré toda la vida. Pero no repitas nada de cuanto te he dicho, guarda el secreto conmigo, no menciones delante de él el nombre de mi hermano, se pondría hecho un basilisco, no me lo perdonaría jamás! Lo que pasó, pasó. Olvídalo!

No volvió a tocar el tema en sus escasas y púdicas confidencias, ni siquiera en sus últimos días en el hospital, cuando la enfermedad que la minaba interiormente la llevó al sepulcro. Yo era ya entonces un hombre hecho y derecho y había puesto entre paréntesis y enterrado en lo más hondo de mí mismo la conversación sobre el tío y otro lance turbio acaecido también en T.

Era verano —hacía calor—, mis padres habían salido de casa y aproveché su ausencia para colarme en el refugio materno, busqué las llavecillas del bargueño que fue joya de su ajuar y en el que guardaba la correspondencia familiar y cartas de amor de su marido. Uno a uno, saqué los compartimentos del mueble hasta dar con un sobre lacrado oculto en el espacio existente entre las tablas del cajoncillo inferior. Lo escrito en él rezaba escuetamente: «Confiado a mi hermana el 17 de julio de 1936, con el ruego de que lo destruya en caso de muerte o desaparición». Lo abrí de verdad? O todo es una construcción mental posterior? Aunque el siquiatra con quien discuto el

asunto insiste en su cargante jerga freudiana (o lacaniana?) en la segunda hipótesis, yo revivo la escena con nitidez y una precisión de detalles que desmienten sus teorías y lucubraciones. El lenguaje de los sicoanalistas me ha parecido siempre esquemático y falso: la pretensión de encajar las experiencias vividas por el, en mi caso, «impaciente» en un molde conceptual prefabricado resulta tan vana como querer pescar el agua con una red. Lo soterrado y fecundo se escurre fatalmente entre sus agujeros.

El sobre —qué fue luego de él?— contenía un cuaderno de versos, cartas y fotografías. No puedo hablar con precisión del primero, pero sí de los retratos y misivas. Unos billetes escritos por semianalfabetos —en un español fonético, balbuceante y tosco—, ilustrados a veces con dibujos obscenos: vergas tiesas, burdamente trazadas en el acto de orinar o verter el semen. Las fotos amarillas, marchitas, reproducían imágenes crudas de gañanes, áscaris del Tabor o el cuerpo de Regulares, mostachudos, robustos, en uniforme, desbraguetados, luciendo con orgullo el vigor y magnitud de sus atributos, del arma natural en posición de ataque. Cerré el sobre, lo devolví a su escondrijo y corrí al lavabo, no sé si a masturbarme o a vomitar.

Enterré el incidente en el más profundo olvido y cumplí con el destino trazado de antemano por las circunstancias en las que se desenvolvieron mi infancia y educación: estudios brillantes en la Academia General Militar, matrimonio con una mujer que me ha dado dos hijos, destino en diferentes acuartelamientos de la Península, cursillos de lengua y especialización en Tejas, coordinación con el cuartel general aliado durante la Guerra del Golfo, envió en calidad de comisionado al alto mando de la Fuerza Internacional de Interposición en S. en otoño de 1993. Allí me atrapó el pasado en forma de una muerte sin cadáver: el compatriota alcanzado por una bala de mortero en su habitación del hotel H. I. y cuyo cuaderno de poemas resucitó el recuerdo de mi tío Eusebio. Las presuntas iniciales de su autor no correspondían con las suyas; pero, en los tiempos que corrían —aquel infausto verano de 1936—, el instinto de supervivencia empujaba a la cautela. Unos versos como aquéllos podían costar a su autor el

paredón, con recochineo de remate por bala en el culo, como al poeta de Granada. Con la diferencia de que en la plaza fuerte de M. —bastión de los militares alzados— la represión de los inconformes y disidentes fue todavía peor.

A riesgo de agravar mi caso ante el consejo médico que controla la evolución de mi supuesta esquizofrenia con unos métodos sin duda más suaves que los empleados con el tío Eusebio, pero que coartan mi libertad y me reducen moralmente hablando a la condición de un minusválido — simple objeto de sus análisis y conclusiones—, la experiencia de estas semanas ha roto muchas presas y abierto las compuertas al curso de ideas rebalsadas por espacio de cuarenta años. Caídas las anteojeas, advierto con claridad que nuestro papel de observadores de la Fuerza Internacional de Interposición no es útil a la causa de las víctimas sino que defiende un statu quo favorable a los agresores: a ese ejército de oficiales felones que en abril de 1992 volvió sus armas contra el pueblo que había jurado defender siguiendo la pauta de los espadones alzados en nuestro país en el 36 para salvarlo de la «conjura judeomasónica» y aplastar sin piedad a quienes no compartían sus planes. Como en la ciudad universitaria, el riachuelo y la Casa de Campo de la capital, el cerco y bombardeo diario de S. enfrenta dos concepciones radicalmente opuestas de la vida y la sociedad. También allí, a cubierto de los montes, edificios y colinas cercanos, «los cobardes, los asesinos, los siervos incondicionales, los ciegos instrumentos de los más sombríos fantasmas de la historia, los técnicos de la guerra, los sabios verdugos del género humano» que fustiga Machado, actúan con total impunidad: la reiteración de promesas incumplidas, declaraciones solemnes destinadas a parar en la papelera, amenazas de intervención aérea lastradas de cláusulas restrictivas, establecimiento de áreas protegidas convertidas pronto en osarios, muestran que la comunidad internacional carece de la ética y voluntad necesarias para impedir la carnicería. En verdad, la política de no intervención —el embargo de armas a las «partes implicadas en el conflicto»— constituye el ejemplo más brutal de intervención desde que los gobiernos de Londres y París contribuyeron decisivamente a la asfixia y derrota de nuestra República. En los dos casos, dicha abstención farisaica —

quien asiste a un estrangulamiento como el de S. sin intentar impedirlo, no incurre acaso en el delito tipificado de complicidad?— ha actuado contra quienes defendían y defienden las instituciones legales y democráticas y a favor de unos golpistas aliados con Hitler o esa taifa de matones, abanderados de la purificación racial.

Ignoro lo que me reserva el destino después de este violento zarandeo: mi reencuentro abrupto con el pasado tendrá sin duda efectos perdurables. Únicamente me acompaña una certeza: si mi situación personal lo tolera, seguiré el ejemplo del compatriota, ex alto responsable de la oficina de Naciones Unidas para los Refugiados, que, tras dimitir dignamente del puesto, denuncia de modo acerbo la colusión de los negociadores o tahúres internacionales con el cínico y rapaz caudillo de Palé. A más y mejor, no descarto la idea de revestir el uniforme, no para patrullar en las tanquetas de la Fuerza Internacional de Interposición y manifestar infinitos escrúpulos y titubeos a la hora de fijar responsabilidades cuando centenares de granadas llueven desde las montañas sobre los desdichados habitantes de la ratonera, sino para alistarme en las filas de los defensores de ésta. Cuanto calló y se tragó mi madre, asciende hoy como una marea que amenaza ahogarme: mi afán de sobrevivencia moral me fuerza a tomar partido por la dignidad. Sin romanticismo alguno, sólo para entroncar con lo que fue desmochado en la infancia, volveré a orillas del Milyaka. Allí pereceré o ajustaré definitivamente las cuentas a mi enemigo mortal.

V. ÚLTIMO SUEÑO

El editor te ha encargado aunar la pluralidad de escritos y voces del autor o autores del libro, ajustar las piezas sueltas de un rompecabezas contra el que se han estrellado uno tras otro, hasta arrojar la toalla, los miembros de su comité editorial. Sólo un ingeniero y músico como tú, dice, puede concertar lo disperso, trabar los apartados heterogéneos, eludir anacronismos e incoherencias, imaginar la arquitectura y diseño de ese rimero de testimonios, documentos, relatos, poemas que se amontonan en la mesa de mi despacho. Sin tu mano de santo, este monstrum horrendum, informe, ingens, sufriría el comentario burlón de la crítica y rechazo del público para dar con su peso y sus ínfulas en la papelera!

Resuelto a mostrarte a la altura de las circunstancias, emprendes la tarea de agavillar los capítulos por temas, descubrir sus vínculos e ilaciones sutiles, limar sus asperezas, acoplarlos con miras a un futuro dibujo o trama dotados de continuidad argumental. Con paciencia y esmero, agrupas, distribuyes, armonizas las voces del coro en función de afinidades y divergencias. Concienzudo, metódico, procuras atar cabos sueltos, barrer cordoncillos y flecos reacios a tu experiencia y maña de coreógrafo, sin advertir que, al ligar uno de ellos, aflojas y deshaces el lazo de otro, que tejes y destejes y lo ganado en un día se pierde el siguiente: todo interrogante resuelto engendra preguntas frescas. Vives inmerso en un cuento oriental: la salida penosamente abierta desemboca en una puerta cerrada que, al ser forzada, da en otra que será necesario violentar, y así hasta el final. La plasmación de esta imagen te agota y desalienta. La empresa es una trampa: al aceptar la oferta del editor has mordido el anzuelo! Como Sísifo, cargarás perpetuamente tu roca a lo alto de la montaña!

Sumido en una de esas pesadillas en las que el soñador se extravía, pierde el camino a casa y, en vez de acercarse a ella, se aleja de su querencia urbana, vagabundea por paisajes áspersos, vadea corrientes y ríos, escala pendientes y escarpas,

lejos, cada vez más lejos de su domicilio, así te distancias del libro, del encargo apremiante de recopilarlo y fabricar una novela al uso, un presentable y bien hecho producto de mercado. Has ascendido a unas cimas nevadas, cuajadas de abedules y abetos, y abarcas impotente desde el miradero la remota ciudad sitiada.

Has aprovechado quizá la apertura de un «corredor turístico», irónicamente sugerida por un miembro de la tertulia políglota conocedor de la obra de Swift, por el que los amantes de sensaciones fuertes podrían viajar sin peligro a las cordilleras que ciñen la ratonera y disfrutar allí del excitante espectáculo de su bombardeo, con derecho a participar en el mismo si tal fuera su pulsión o deseo?

Mientras arrecia la furia de los artilleros, te encuentras de súbito en medio del espacio devastado, lleno de heridas, mutilaciones, vísceras, llagas aún supurantes, sobrecogedoras cicatrices: edificios huecos, chamuscados, reducidos a su armazón; caparazones herrumbrosos, abrasados quelonios, esqueletos corroídos de orín; muñones, dentaduras metálicas, tibias vencidas; fosas nasales, mandíbulas yertas, como inmovilizadas en un rictus de espanto. La nieve cubre la osamenta con su piadosa mortaja. Los moradores del barrio permanecen enquistados en sus celdillas y no se divisa un alma.

Corres, corres en zigzag, tratando de sortear la lluvia azarosa de proyectiles y la puntería afinada de los cazadores. Una mujer, madre de familia bella y eternamente joven, toca el piano oculta entre las ruinas: es la sonata de Brahms! Ansiosamente la buscas en los inmuebles huraños y ennegrecidos, en sus sótanos y refugios oscuros y arracimados. Nadie escucha su música? Únicamente tú vives, palpitas, tiemblas en esta ciudad de apariencia muerta y machacada no obstante con saña?

La angustia te atenaza, aprieta sus pinzas, transmuta tu corazón en reloj. Movimiento pendular acelerado por la cercanía de la mole amarilla, hotel convertido en cripta, reverbero solar de incontables ocelos velados con plástico; del odioso insecto captado a través de una lente de aumento, con

sus patas, antenas, tarsos, tórax, oviscapio, matriz de tus sueños y visiones de horror. Alguien te espía, agazapado, por una mirilla abierta en las ventanas ciegas? Acecha como tú la escena más temida y sin cesar reiterada?

Larga acera tapizada de blanco, simple muro de un metro de altura adjunto a los restos de un parque de arboleda meticulosamente tallada, una silueta de mujer vestida con un abrigo oscuro y cabeza cubierta con un pañuelo negro. Cuerpo de bruces, agotado por su Vía Crucis de hinojos al cascarón protector del antiguo museo estatal? Su prolongada inmovilidad apunta a una realidad infinitamente más cruda. El balazo le ha atravesado el cuello, su sangre se escurre y tiñe de rojo la nieve. Se repite el pasado y reimprime en presente: nadie escapa al destino y su natural crueldad. Las manos delicadas asidas al bolso no existen sino en tu mente. No necesitas abrirlo para saber qué contiene. Las notas del piano no volverán a sonar.

Nota del Autor

Con mediano valor y algunos puntos de civismo, el escritor estuvo dos veces en Sarajevo durante los peores días del cerco: el horror e indignación de cuanto vio le consumen aún y tuvo que recurrir a la ficción para huir y curarse de las imágenes que a su vez le asediaban. Tal es el poder de la literatura.

Pero el sitio continúa y trescientas mil personas siguen atrapadas en la otrora hermosa ciudad sin ninguna posibilidad de huida ni curación a la vista. Tal es el límite final de la literatura.

APPENDÍCULA**3**

I. ZONA SOTÁDICA⁴

En el vacío o desarrimo de tantas horas muertas

(sin rayo de luz que me atraviere)

evoco las prendas del uniforme basto, humilde cendal de tu
disposición robusta.

Inmediatez fusional, sujeción de mi cuerpo a tu labor
paciente de artesanía

a tientas, con pausas, hasta centrarla en el núcleo o querencia
de tormento y dicha.

Configurado por el rigor de tus manos duras y anchas,
hechas para amasar, estrujar, dar forma humana a una masa
maleable de arcilla

(creándome también, con pericia y esmero, como lebrillo o
jarra) eres mi alfarero.

Aquietas y exaltas, alternas las corrientes, acentúas la
firmeza y presión de tus palmas, vuelcas sobre mí tu
arremolinada espesura, indagas con labios voraces, ardiente
volcán, succionadora sima!

soy tu criatura.

Por dónde vagas, alma, en esos instantes de plenitud y
delicia?

Inspiras el ardor manual que se encona en mi pecho? o la
apretura acuciante de sus rugosas púas?

(breña, boscaje de negror fulgurante).

Te evades vergonzosa del lugar?

o asistes velada, con pena y desaliento, a la acelerada palpitación de mi miembro cuando dispersa a ciegas su semilla baldía?

(Lecciones de alfarería)

Rescata del olvido los empeños de su nocturna, luminosa aparición

botas, pantalón, boina, forrajeras, camisa

portañuela opulenta, promisoría, artillada

gruesa correa ceñida a la cintura con su colgante y larga *zeruata*

(emblema o fuerza auxiliar de la otra

lista para brincar tras el paño que palpas, palpita).

Homenajear por turno a las dos

(la clava real y su abultado, entumesciente símbolo)

hasta el abrazo tenaz, llave de presa, goce devorador, implicate coyunda!

Visitas breves, de nitidez que enmohece y marchita en el furor atropellado de los días.

Fueron visiones o toques concisos de una realidad superior?

Su luz no demoró más allá de la escritura.

(El emjazmi)

En realidad y en sueño
o recreándolo aún con mi letra menuda.

Cristal de roca, cristalización rocosa, refracción,
impenetrabilidad.

Torso vasto y combado, recia trabazón muscular de
imbricada dureza,

cráneo macizo, rostro curtido y áspero, mancuernado bigote
de guías enhiestas

(manillar o enroscado látigo)

marcas, cicatrices escuetas de membrudo jayán aguerrido en
las luchas.

Investido de la entereza y majestad de tu cetro

(maza gruesa, labiada, cuyo extremado fervor ignora el
descaecimiento)

oficias enjaezado silente liturgia de comunión

(ídolo, semental, guardián altanero).

Dador, conminatorio el gesto

(la muñequera de cuero claveteado realza si cabe tu
autoridad indiscutida)

contemplas de arriba al adorador

(distanciado o ajeno al placer que dispensas tras la
inescrutable opacidad de las gafas oscuras)

al ser humildemente postrado, absorto en sus ejercicios de
devoción.

Cómo frenar la huida del tiempo?

Vértigo de la inmovilidad

acatado rigor

consumación del rito.

A la espera de la densa, sincopada virtud

baño lustral u hontanar de tu desdén vertido.

(Auto sacramental)

Imposible abarcar la magnitud del pecho.

Accedes a él de flanco, te internas en el follaje hirsuto.

Umbría, maleza, matorrales.

Bravío y montaraz el vello.

Boscajes de perdición fácil.

Cabezos ocultos en la algaida.

Todo inculto, en barbecho.

(Silvicultor)

Bulbos

enderezado, fungiforme el tallo
de sombrerillo o remate sanguino.

Genitivo esplendor.

Enjundia, racha espermática, fecundación.

Perplejidad

(azote de los santos).

Tragaderas anchas o verdad maciza?

(Guía de perplejos)

Zampas carnaza del anzuelo

(promesa de amargor).

Comulgas ciego.

Frente a ti, cimbreante

el reiterado enigma.

(Colofón)

II. ASTROLABIO

Es la violencia corporal reflejo de la del universo?

Somos partículas infinitesimales condenadas a ella por ley o inmanencia desconocidas?

Cómo sosegar el fuego interior si no nos esclarece el fulgor de la palabra esquiva?

Busco a tientas razones de consuelo.

Me aferró a la multiplicidad de accidentes que escamotean o velan

(señuelos, trampantojos)

la esencialidad del Ser Único.

(Baruca del Sello de los Santos)

Es el cosmos caos generalizado desde su explosión inicial inaudita?

Cómo explicar si no las atracciones, repulsiones, fuerzas centrífugas, choques astrales, agujeros negros, simas devorantes?

Nuestra microscópica historia, reproduce sin fin la del zumbido y la furia, la máxima desengañada de Plauto, el

pesimismo petrarquiano y mundo desalmado de *La Celestina*?

(qué mayor guerra que engendrar en su cuerpo quien coma sus entrañas?)

Señor de la Violencia

si nos creaste para vivir en perenne contienda

en qué cielo privado ocultas el manto de tu misericordia o *rahma*?

(Invocación)

Rememora los imperios en ruina, mansiones devastadas,
caducidad de la gente corrupta

cuanto hicieron mientras vivían y tenían fuerza

qué alcanzaron, de qué modo se perdieron, cómo fueron
inducidos al robo y abuso del débil

(el alma se les fue, se desalmaron).

Aunque puedan sentirse firmes en la cumbre, están en
realidad de camino

su pasado no existe

su presente desaparecerá.

Dónde se hallan quienes les precedieron en sus ansias de
poder y riqueza?

qué ganaron al cabo en la vida?

cuál fue su contribución a la luz de la humanidad?

(Lectura del «Epistolario» de Alt en el patio de Sidí Bufdail)

Fugaz centelleo de imágenes en fondo abisal.

La gracia del verbo te atraviesa, ilumina, devuelve a tus sequedades.

Fulgores raudos, extintos apenas alumbrados, causa de abatimiento y perplejidad.

Opacidad, desarrimo, cortedad del don.

Recorres, sin ánimo, páginas yermas de tu diccionario.

(tenebrario)

Leñadores, albañiles, guardias, áscaris, luchadores, hijos agrestes de la zona sotádica.

Hojeo el álbum de vuestras instantáneas difuminadas, marchitas.

Vivís aún, confinados como yo a una vejez ingrata, al calor de vuestra tierra, hogar y familia?

(olvidada la connivencia furtiva de hoteluchos y alhamas)

o habéis sido barridos de un soplo, con vuestro coriáceo vigor y apetito de vida?

(hierbas de savia pujante se alimentan de ellos? o es su descomposición vacua e improductiva?)

Si evoco vuestra magnanimidad y la inmediatez compartida no lo hago por vanagloria ni nostalgia senil.

Sostengo
(contra toda evidencia)
la resurrección.

Hay una promesa de ebriedad más allá de la apariencia efímera.

*(Quod resurrectio futura non debet concedi a philosopho,
quia impossibilium est eam investigan per rationem)*

Del yo al yo
la distancia es inmensa.

Cuerda sobre el vacío.

Cómo reunir los extremos,
compilar la infinita dispersión de una vida?

Memoria rota, luz vespéral.

Cruda materia o signo?

(Flujos momentáneos)

En loca carrera contra el tiempo
(granillos de arena ya escasos en el compartimiento superior)
multiplicas viajes, fugas, avances, orgasmos, peligros.

En busca del balazo que siega?
o de una escritura que te escapa y escurre también entre tus
dedos?

Muerte y decrepitud te rodean.

Cómo evitar con dignidad la erosión?

(Punto final)

Este libro
se terminó de imprimir
en los Talleres Gráficos
de Palgraphicc, S. A.
Humanes (Madrid)
en el mes de octubre de 1995

notes

Notas a pie de página

1 Las primeras versiones del texto mencionan a un teniente coronel, pero su grado e iniciales fueron sustituidos por los de un anónimo «comandante», tal vez para borrar las pistas. (*Nota del compilador*)

2 Fragmentos de una carta de J. M. M., internista, licenciado en filología románica y miembro de Médicos sin Fronteras, al compilador del presente volumen.

3 El amable lector de la novela puede prescindir de estos poemarios incluidos en el volumen por voluntad del compilador. (*Nota del editor*)

4 Atribuida por el compilador a Eusebio***(1903-¿).